En el reparto de los reinos entre Zeus, Poseidón y Hades, al último le toca en suerte el gobierno del inframundo, donde el dios traza el mapa del dominio de la muerte. Cuando la soledad empuja a Hades a buscar una compañera, el dios invisible escoge a Perséfone, la hija de la primavera, para reinar a su lado. Hades y Perséfone deben decidir cómo compartir el poder más absoluto de todos: el que rige la eternidad de cuanto existió. Los mitos que conforman la identidad de Hades completan el cuadro del sentimiento griego antiguo, para el cual el inframundo no es un infierno en el sentido cristiano sino la última morada, donde el acomodo depende de la justicia con que haya vivido cada uno su vida.

HADES EN EL INFRAMUNDO

HADES
EN EL INFRAMUNDO

GREDOS

HADES

EN EL INFRAMUNDO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8895-0
Depósito legal: B 18053-2017

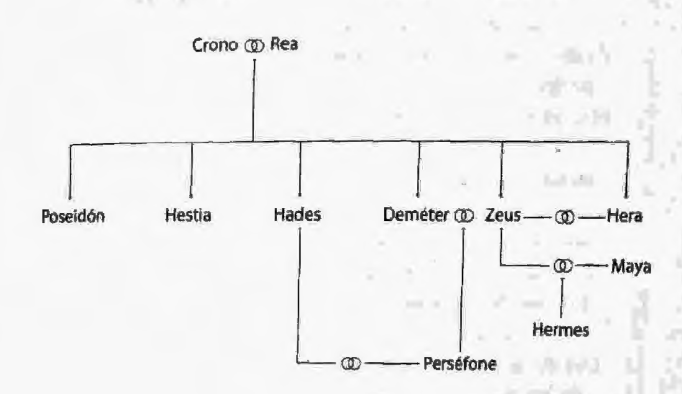
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Allí de la tierra sombría, del tenebroso Tártaro,
del ponto estéril y del cielo estrellado están
alineados los manantiales y términos hórridos y
pútridos de todos, y hasta los dioses los maldicen.

Teogonía, Hesíodo

Genealogía de Hades



1

La muerte a juicio

En el límite del mundo, allá donde se doblaba sobre sí mismo, un lugar donde el espacio no podía medirse ni definirse, se encontraba el reino en que la oscuridad no tenía principio ni final: el inframundo. Más allá de un bosque siniestro de álamos negros y tras la permanente bruma que se elevaba desde el suelo invisible, se alzaba un palacio de líneas imponentes, con una majestuosa escalinata de mármol negro. Lejos de él, hacia un costado indefinible como este y oeste, se hallaba el Tártaro. Su perímetro lo recorría un grueso muro de bronce y tras las puertas fabricadas por los cíclopes en las forjas del inframundo, junto al río de fuego, el Flegetonte, vivían encerrados los titanes, vencidos por los tres hermanos olímpicos, Zeus, Poseidón y Hades, tras alzarse con la victoria en la encarnizada batalla contra sus enemigos acérrimos.

Encerraba aquel reino de negrura mucho más que el fin de las existencias de todos los seres que habían vivido. Cuan-

to allí se encontraba era gobernado por el dios invisible, del que nunca podía adivinarse qué pensaba: Hades, el señor de los muertos. En el rincón más inhabitable de sus dominios, donde el légamo cubría las superficies y las almas más impías experimentaban tormentos indecibles durante toda la eternidad, había también un vergel, un lugar de paz infinita y un espacio en que aquellos que habían vivido justamente recibían el regalo de un destino final de solaz eterno.

De no ser por la llegada de Hades, el inframundo no habría sido más que un espacio sin fondo, en el cual huracanes inclementes barrían cuantas superficies encontraban de camino. El olímpico que recibió de manos de los cíclopes el yelmo de la invisibilidad, contribuyó a la derrota de Crono, su padre y rey de los titanes, y fue por ello participante en el sorteo que lo designó como señor de los muertos. Hades transformó el primitivo lugar de desolación en un espacio que no solo contendría a los monstruos —desviaciones de los poderes naturales— y a los enemigos del orden divino, sino que serviría para darles una función.

El soberano del inframundo no se limitó a levantar un palacio formidable. Dedicó sus días como regente a crear un orden geográfico en sus dominios. La variedad de los lugares en que se distribuía el reino de los muertos respondía a la multitud de necesidades que su soberano había ido satisfaciendo. Los monstruos primigenios que habitaban el inframundo desde su origen dieron la bienvenida a un rey que por fin dio sentido a su muerte.

Una de las primeras bestias en gozar de tal fortuna, la de recibir la misión de cumplir eternamente un designio de Hades, fue el can Cerbero. Por su carácter taciturno y solitario,

el rey del inframundo siempre había disfrutado sobremanera de la compañía de los leales y obedientes perros. Esos fieles animales no interrumpían jamás con palabrería fútil y siempre estaban dispuestos a acatar las órdenes de su amo sin cuestionar sus decisiones. A Hades no le cabía ninguna duda: algunos cánidos eran mucho mejores que muchos hombres. No obstante, el can Cerbero no era una bestia cualquiera. El descomunal monstruo poseía dimensiones de un gigante y no tenía una, sino tres cabezas con sus tres fauces de afilados colmillos. Su rabo no estaba cubierto de pelo, sino de púas.

El destino de ambos seres, el soberano y el perro, quedaría unido eternamente el día en que Hades, en plena jornada de recorrido por su territorio, topó con la guarida del can, una cueva situada en las proximidades del río Aqueronte. Al verlo aproximarse, Cerbero rompió a ladrar y aullar. El estruendo provocado por las tres cabezas no espantó al soberano, muy al contrario. Le sobrevino una repentina satisfacción al advertir que había dado con el guardián ideal para la vigilancia de su reino. Asomó la cabeza por la cueva y vio a la bestia capaz de emitir ese estruendo. Cerbero, a su vez, ante la visión del rostro impávido y los ojos negros por completo de Hades, mudó la ferocidad de su ladrido por un gemido lastimero.

Al oír aquella voz gutural, Cerbero apoyó los cuartos traseros en el suelo y adoptó una actitud sumisa.

—Bestia, tú me ayudarás a convertir este reino de muerte en un lugar seguro. Ningún súbdito logrará retornar jamás por donde llegó a su destino final y ningún vivo osará burlar el celo de tu vigilancia.



El estruendo de los ladridos del can tricéfalo no espantó al rey del inframundo.

Las tres lenguas perrunas oscilaban y colgaban de las tres fauces abiertas; el can Cerbero no cabía en sí de júbilo y agitaba la cola provocando una fresca brisa, de tan grande que era. Desde ese instante, en las cercanías de las orillas del Aqueronte, el perro de triple quijada tendría su refugio y el importante cometido de guardián. Sería el fiel perro que impediría la salida de los habitantes del inframundo y la entrada de los vivos., que velaría por siempre para salvaguardar la inevitabilidad de la muerte.

Después de pasar ante la guarida del vigilante cánido, los muertos arribaban a una tierra recorrida por un complejo entramado de ríos: unos eran de fuego, otros se alimentaban de llanto, otros consumían los recuerdos y los había que devolvían la memoria. El Aqueronte, el río del dolor, discurría en dirección contraria al océano. A mitad de su curso se formaba una zona lagunosa, en la cual las aguas eran las más turbias y arremolinadas de cuantas existían más allá de todos los mares. Las algas se mecían bajo la superficie agitando unas rugosas cintas que, como brazos, amenazaban con atrapar a quien se acercara a ellas. Las almas recién llegadas deberían salvar esa laguna cenagosa y pútrida si querían avanzar en su trayecto definitivo.

Con tal de posibilitar dicha travesía, Hades se fijó en la temible presencia del viejo Caronte, el demonio hijo de Érebo y Nix, cuya barcaza de aspecto sombrío pero firme se le antojó al soberano que sería el vehículo ideal para el recorrido por la ciénaga. Y así se lo hizo saber al viejo.

—Escucha, anciano barquero, he observado que recorres fútilmente la turbia superficie de la Estigia. Todo se hunde en estas aguas, pero tu desvencijada barcaza se mantiene a

flote. Me he percatado también de tu habilidad con la pértiga, tu atención al rumbo fijo y tu gusto por el silencio. A partir de hoy, por el poder que me otorga mi soberanía indiscutible, te nombro barquero de los muertos.

Caronte permaneció en silencio. Sus ojos, dos profundas cuencas tan brumosas como la superficie de la ciénaga, no expresaban emoción alguna. Sin embargo, Hades sabía que estaba atendiendo a sus palabras. El soberano se fijó entonces en las manos huesudas del viejo.

—Esos dedos tuyos tan afilados no te servirán solo para manejar con destreza la pértiga de tu esquife, sino también para hurgar en las bocas de los muertos y extraer el óbolo que sus parientes vivos habrán introducido en ellas al darles debida sepultura.

Al oír esa segunda indicación, Caronte quiso formular una pregunta:

—Rey soberano, ¿qué debo hacer con los muertos que no me presenten el óbolo para el trayecto?

Hades no lo dudó un instante.

—Las almas cuyo cuerpo no haya recibido debida sepultura, cuyos familiares hayan cometido la osadía de no realizar los ritos fúnebres, sagrados y de obligado cumplimiento, deberán vagar por siempre en las orillas del Cocito. Desde hoy, la cuenca de ese río se alimentará de las lágrimas de esas almas en pena.

De pronto se oyó el triple aullido del can Cerbero, y Hades lo consideró un buen augurio. El sonoro rugido sellaba con su música bestial un pacto que garantizaba el traslado de los muertos que poblarían los diversos rincones del inframundo. El barquero de la laguna Estigia y el perro guardián

constituían la pareja perfecta de centinelas con la que su rey podría contar para salvaguardar sus temibles dominios durante el resto de su existencia.

◇◇◇

Jornada tras jornada, el innombrable para los vivos iba dando una forma más acabada a su reino. El suministro de súbditos sería siempre constante; Hermes, mensajero de los dioses, encontraba a cada instante sombras de mortales que se desgajaban del mundo de los vivos a los que acompañar en su tránsito hasta el inframundo. Si bien el recorrido por la Estigia quedaba en manos del huesudo y temible Caronte y la vigilancia férrea de las entradas y salidas era misión del can de tres cabezas, alguien debía encargarse de juzgar cómo habían sido las vidas de los espíritus recién llegados para destinarlos a uno u otro rincón del inframundo.

Semejante cometido había de recaer en las personas de aquellos que, en vida, demostraron ser buenos jueces de la realidad. Esos árbitros serían tres hombres que, en el momento de su fallecimiento, fueron nombrados por el mismísimo Zeus para ocupar los tres sitiales de la justicia infinita. Se trataba de Éaco, Minos y Radamantis.

A su llegada al inframundo, Hades decidió conversar con ellos para descubrir cuáles eran sus dotes como jueces. Pues, aunque debía acatar los designios de su hermano, el acumulador de nubes, deseaba cerciorarse de las habilidades de los tres personajes como emisores del juicio definitivo. Los futuros jueces iban a ser juzgados, aunque el fallo de Zeus fuera inamovible.

Los convocó en la llanura donde había ordenado colocar tres imponentes sitiales, el trivio consagrado a Hécate,

ubicado en el patio delantero del palacio de Hades. Éaco, Radamantis y Minos ocuparían sus altares en cuanto respondieran a la pregunta del rey de los muertos.

—Éaco, rey de Egina, ¿por qué crees que mi hermano, omnipresente señor del universo, te ha encargado la misión de ser juez en mi reino?

—Divino Hades, con toda la reverencia que mereces te diré que siempre procuré gobernar a mi pueblo con rigor y un profundo sentido de la imparcialidad. En toda la Hélade se buscaban mis sentencias y valoraciones para resolver casos de muy distinta índole.

—Bien, Éaco, has contestado de forma clara y honesta. Mereces pues ocupar el sitial preparado para ti —dijo Hades, y señaló con un dedo el lugar destinado a Éaco.

Radamantis, gobernador de Creta, padre del código de leyes de la isla y ecuánime en todas sus decisiones, también recibió el encargo de Zeus de convertirse en voz del juicio en el reino del invisible.

—Ahora tú, Radamantis, dime, tras haber gobernado una isla tan próspera y poblada como la tuya, ¿crees estar preparado para ejercer tu cometido con piedad, serenidad y temple en un reino de desolación como el mío?

—Magnífico señor de todo cuanto vemos aquí, de hoy en adelante mi única obsesión será evaluar con rigurosa equidad cada una de las vidas expuestas ante nuestro tribunal para determinar cuál será su destino más justo.

Hades asintió con un movimiento parsimonioso de la cabeza e invitó a Radamantis a ocupar el segundo de los tres tronos para los jueces. En ese momento Éaco y el antiguo gobernador de Creta ocupaban los dos extremos del trío de sitiales.

Minos, también famoso rey de la isla cretense tras el gobierno de su hermano Radamantis, fue quien recibió el máximo poder judicial por encargo de Zeus: él tendría la última palabra en la celebración de los juicios del inframundo.

El tenebroso soberano sintió curiosidad por la persona de ese juez.

—Minos, monarca de un reino rico y pacífico, ¿por qué habrías de ser tú el que tuviera la última palabra del tribunal de este reinado de caos y oscuridad?

El rey cretense dedicó apenas un instante de reflexión a la respuesta; no albergaba ninguna duda.

—Soberano de los muertos, ejerceré en tu reino un imperio severísimo, indagaré y castigaré los engaños y ardides de los hombres en vida y los obligaré a confesar sus delitos, pues logré la paz en mi tierra siendo duro con todo extravío.

El aplomo con el que contestó Minos tranquilizó sobremanera a Hades. Era innegable que Zeus, en su infinita sabiduría, había escogido con tino a los señores de la justicia definitiva. Minos pasó a ocupar el trono central de los tres jueces, y el trío quedó por fin completo y listo para ejercer su misión. Por su parte, el rey invisible destinó toda una llanura a la ubicación de ese particular jurado: la planicie del Juicio. Todas las almas debían someterse al juicio, el momento decisivo en que los tres hombres representantes de la justicia eterna deliberarían sobre el lugar del inframundo al que enviar a cada uno de los mortales.

A diferencia de la mayoría de las almas que habitaban las oscuras tierras de Hades, Éaco, Minos y Radamantis no habían bebido de las aguas del Leteo. El río, situado junto al palacio real, acogía un organismo mucho más esquivo que

los habituales peces: el olvido. Un hermoso y alto ciprés, cuyo follaje permanecía siempre verde y apuntaba con obstinación hacia un cielo que jamás contemplaría, señalaba la ubicación del seno fluvial. En cuanto el agua viajaba por las fantasmales gargantas de quienes la bebían, cada día de su existencia, hasta el instante de su nacimiento, se borraba de su memoria por toda la eternidad. Esos seres quedaban despojados de cualquier recuerdo y así iniciaban su existencia entre los espíritus.

Los componentes de esa tríada justiciera conservaban la memoria de sus vidas terrenales y por ello, así como por su inviolable sentido de lo justo y equitativo, eran los responsables de decidir adónde llegarían los muertos tras descender de la barca de Caronte.

Las almas que habían llevado una existencia ni buena ni del todo mala eran enviadas a los pedregosos campos Asfódelos, donde vagarían para siempre entre las flores incoloras que alfombraban su terreno. Las almas execrables, impías e injustas debían seguir el camino hasta el lóbrego patio de castigo, al que llamaban Érebo. En aquel oscuro lugar de penitencia reinaban las erinias, engendradas por Gea gracias a las gotas de sangre salpicadas de los genitales de Urano, cercenados a manos de su hijo Crono. Las aterradoras deidades tenían serpientes en lugar de cabellos y portaban látigos con los que fustigaban sin piedad a las almas condenadas. Llegaban incluso a subir a la superficie con el único fin de atormentar a quienes hubieran cometido algún crimen.

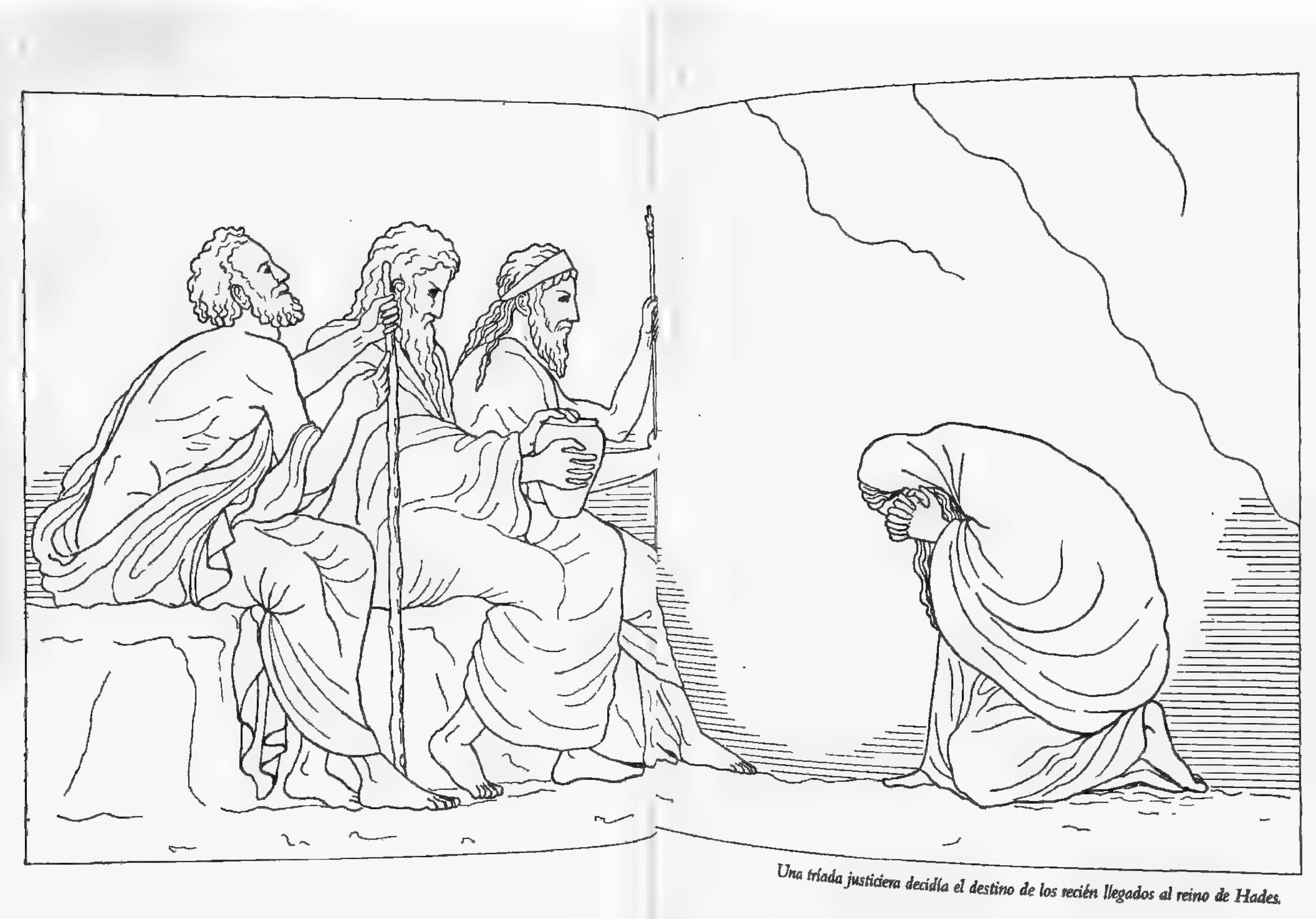
Los muertos cuya vida había sido digna de veneración, de existencia pura y bondadosa, recibían el premio de ser enviados a los campos Elíseos. A este huerto fértil y armonioso

se accedía por una puerta próxima al manantial de Mnemósine, la fuente de la memoria. En los Elíseos, las almas de los héroes ilustres y de bondad tan incuestionable que no necesitaban gobierno disfrutaban de un placentero devenir. Allí residían con placidez, dichosos y disfrutando de la música y las danzas, provistos de árboles frutales siempre cargados de los frutos más maduros y apetecibles, y bañados, sin que faltara un día, por el sol más radiante.

◇◇◇

El astuto soberano de los muertos se afanaba en ser el perfecto gobernante de un reino donde se confundían las direcciones, donde los vientos se cruzaban de forma caótica y el trastorno de las orientaciones provocaba el fracaso de los más duchos en viajes. Hades permanecía atento a cualquier incidente que se produjera con tal de preservar el perfecto equilibrio entre el caos y el orden, el fin de la vida y la continuidad de la muerte. Había pasado quizá eones ya como soberano, era imposible saberlo, y sentía la necesidad de recapitular sobre su regencia.

Sin embargo, el rey de lo inevitable no era muy dado a las relaciones con otros seres. Apenas visitaba a sus hermanos olímpicos. Hacía tiempo que había desposado a Perséfone, la bella hija de Deméter, la potencia nutricia de la naturaleza. La hizo suya a la fuerza, encandilado por su hermosura y por el convencimiento de que su presencia en el inframundo acabaría con su eterna soledad. No obstante, la joven se había convertido en una reina implacable y tan reservada y taciturna como su propio esposo. Poco consuelo supuso para la soledad de Hades, aunque tuviera sus propias razones, todas justificadas.



Una tríada justiciera decidía el destino de los recién llegados al reino de Hades.

Esa jornada, el dios recorría su reino dejando tras de sí una estela de negrura infinita. Algo lo había impelido a abandonar su sitial de azabache bruñido, y avanzaba sin pausa, atraído por la desconocida e imprevisible fuerza de la curiosidad. Veía con mayor nitidez en la oscuridad que cuando la luz del sol iluminaba sus pasos, y así gustaba de pasear por sus dominios, solo y al abrigo de una noche eterna que lo acompañaba desde el día de su nacimiento. Seguía su deambular, cuando distinguió a lo lejos las voces cavernosas de Éaco, Minos y Radamantis, destacando entre los gimoteos de algún pobre desgraciado.

Hades pensó que Minos sería quien mejor podría juzgar su gobierno, pues había sido un rey que había lidiado, como él, con incontables situaciones de caos, dilemas de difícil solución, traiciones y conflictos. En cuanto hubo acabado el juicio que estaba celebrándose, el oscuro soberano lo requirió a su lado.

El juez descendió de su trono y se puso a disposición de su rey.

—Minos, sabio juez, preciso de tu compañía reflexiva y discreta. Existen ciertas cuestiones relativas a mi regencia que quisiera exponer ante tu sabia visión.

Complaciente, el rey cretense siguió los pasos de Hades, quien reemprendió la marcha. Ambos reyes, juez y dios, fueron caminando quedamente, en un concentrado preludio. Así llegaron al desolado valle del Lamento. Entre la sonora congoja de las almas que vagaban en ese rincón del inframundo, Hades abordó una de las cuestiones que más lo inquietaba, para la que no hallaba un juicio justo.

—Como sabes, Perséfone, mi esposa y reina de todos cuantos habitan mis dominios, gobierna con dureza y actitud implacable. Aunque también es capaz de actuar con comprensión y atención a cada caso, no es así en los momentos en que trata

conmigo. Apenas si me dirige la palabra, por no decir ya una sencilla mirada. ¿Cómo se ha de juzgar tanto recelo y frialdad?

—Venerable, cada uno de nosotros ha llegado a tu reino por un motivo bien distinto, aunque lo hemos hecho ya concluida nuestra existencia entre los vivos. Nuestras vivencias han contado con su espacio en la Tierra, mientras era nuestra propia sangre la que nos daba vida. En el caso de tu esposa, la bellísima Perséfone, la vida no se ha ausentado de su espíritu. Su piel cerúlea, sus labios de color ceniza y la desolación reflejada en su mirada no son fruto de su perecimiento, sino de la muerte en vida. Nadie olvida cuáles fueron las circunstancias de su llegada al reino de los muertos.

El implacable sabía muy bien a qué se refería Minos. En un primer instante, la rabia estalló en su interior como una burbuja de fuego, pues creyó que Minos le echaba en cara la melancolía de su esposa, y cerró los puños con fuerza. Sin embargo, al hacerlo, recordó, como si tuviera lugar en ese preciso momento, la sucesión de acontecimientos que condujeron a Perséfone hasta el sitial que ocupaba ahora como reina consorte. Los gimoteos y gañidos de las almas errantes se acallaron mientras la mente de Hades viajaba al pasado.

◊◊◊

El rey del inframundo tenía el rostro grisáceo, cejas de vello espeso y una mirada negra como la noche, a menudo más siniestra aún al aparecer rodeada de sangre. Y, a pesar de su horrendo aspecto, que infundía un temor reverencial a las escasas criaturas que habían tenido la extraordinaria oportunidad de verlo a lo largo del tiempo, anhelaba contar con una compañera para algo más que saciar el ardor de sus instintos.

Deseaba regir lo tenebroso de la mano divina de una descendiente del Olimpo. Fantaseaba con el fin de su solitud avanzando entre las tinieblas del Érebo, completamente a oscuras, pues Helios jamás se asomaba por allí. Acarició la tersura de su corona con gesto pensativo y estampó el mango de su cetro de dos puntas contra el yermo suelo. Había llegado el momento de ascender a la Tierra. Nadie habría de invocarle en la superficie; que sirviese de llamada el intenso anhelo que gritaba en su interior y clamaba por la presencia de una diosa entre sus brazos y en su palacio.

De ese modo, dispuso su carruaje dorado de corceles negros para viajar a la tierra de sus hermanos. Los dioses olímpicos apenas lo visitaban, a excepción del joven Hermes, quien se aventuraba en las entrañas sombrías del inframundo cuando su cometido como mensajero así lo exigía. Aunque Hades tampoco se dejaba ver entre los vivos, a menos que fuera invocado por algún mortal durante un ritual con sacrificios, estaba decidido a poner fin a su soledad.

Emprendía el viaje lleno de esperanza y con un ánimo renovado, en virtud de lo cual se hacía su porte menos adusto y se veía imbuido de una fuerza que no sentía desde su participación en la guerra contra los titanes. Fustigó con el látigo a los caballos de negras crines e inició el ascenso en pos de la mujer que habría de transformar para siempre su existencia.

⋄⋄⋄

La joven Perséfone, hija de la diosa Deméter y del todopoderoso Zeus, gozaba una jornada más de la compañía de las ninfas. Las muchachas jugaban y danzaban en prados floridos, disfrutando de la belleza que mostraba el rostro de la

madre Gea. Perséfone era digna hija de una diosa olímpica: esbelta, de piel tersa y marfileña, sedosos cabellos como ondas de agua que caían en cascada sobre sus hombros desnudos y labios de un carmesí intenso como un fruto maduro, listo para saborear. Como heredera de la diosa de la cosecha, recolectaba en su persona las virtudes de la explosiva primavera o el fructífero verano. Era cálida, dulce, fresca, alegre y de aspecto tan natural que bien podría haber sido confundida con una de las violetas que crecían en ese valle.

El temible dios del inframundo, decidido a encontrar una consorte para su reino, llegó hasta ese mismo lugar procedente de las entrañas terrestres. Dio el alto a los caballos negros de su carruaje y quedó paralizado ante la visión de tanta belleza. Urgió a los animales a guardar el máximo silencio para que su presencia no fuera advertida.

Su sobrina lo cautivó desde el primer instante. Mientras la joven corría y jugueteaba con sus compañeras, bajo su túnica blanca Hades pudo distinguir la redondez de sus senos y la perfecta silueta de sus caderas. No lo dudó ni un momento: era ella quien debía convertirse en la reina sentada junto a su trono.

Así pues, ascendió al Olimpo para comunicar sus intenciones a su hermano Zeus.

—Rey de los cielos y la tierra, he visto con mis ojos sombríos la belleza de mi sobrina, y he querido transmitirte mi repentino júbilo. Es el fruto más hermoso del vergel olímpico. Es por eso por lo que he decidido hacerla mi esposa y llevarla conmigo para reinar en el dominio de los muertos.

Zeus, quien conocía el estrecho vínculo existente entre Deméter y su alegre hija Perséfone, temió que las intencio-

nes de Hades partieran el corazón materno, aunque prefirió guardar silencio, pues también conocía sobradamente la severidad de su hermano.

—¿No dices nada, hermano mío? En este caso tomaré tu silencio como consentimiento. Debo partir sin demora, la felicidad me aguarda.

El dios del cielo quedó inmóvil en su trono, observando cómo se alejaba Hades, con el pecho henchido de esperanza, mientras él auguraba un trágico desenlace.

El señor de los muertos invocó la ayuda de Gea, pues le urgía poseer a la joven y convertirla en su esposa. No podía arriesgarse a ser rechazado ni por su aspecto, más semejante a lo marchito que a lo floreciente, ni por su morada, que ningún mortal deseaba visitar hasta el fin de su existencia.

—Amada Gea, escucha mi petición. Anhelo cautivar a una joven de la que me he enamorado. He decidido convertirla en mi reina, pero temo su negativa a abandonar este mundo para vivir entre los muertos.

La fecunda Tierra, que en más de una ocasión había sido consultada por su nieto taciturno y era la única mujer a la que este se había dirigido con palabras emocionadas en más de una oportunidad, se dispuso a complacer sus deseos.

—Así ha de ser, rey del inframundo —afirmó Gea—. Tú que hablas con las vetas de mis entrañas, tú que pasas desapercibido por tu sigilo y gobiernas justamente la morada tenebrosa que albergo en lo más profundo de mi ser, mereces una esposa a la que amar.

Gea ignoraba en ese momento la identidad de la joven.

—Madre primordial, dime, ¿qué debo hacer para conseguir subirla a mi dorado carruaje y emprender el descenso

hasta mi palacio? Tiene ella por costumbre jugar en las praderas. La he visto recogiendo flores para formar hermosos ramilletes. Pero siempre está rodeada de ninfas.

—Regresa a los campos donde Perséfone juega despreocupada. Yo conseguiré que se aparte de su círculo de compañeras. Haré brotar, entre las piedras más alejadas de su lugar de reunión, el más bello narciso que haya existido jamás. La belleza de la flor actuará como un hipnótico irresistible para tu amada. Ella deseará poseer el narciso y tú podrás poseerla a ella.

Hades partió raudo hacia el lugar donde se oían las risas cantarinas de las ninfas en continuo juego y la voz clara y fresca como el agua de la joven Perséfone. La diosa y sus acompañantes acababan de refrescarse el rostro con las gotas de rocío que todavía pendían de algunas hojas y se entregaban a la labor de confeccionar diademas con las flores más coloridas y vistosas.

Para no advertir de su presencia ni a la joven ni a sus amigas, el monarca oscuro se ocultó bajo la superficie del prado, entre las rocas, donde encontró un hueco para esperar el momento oportuno, montado en su carro y tensando las riendas de los caballos para mantenerlos inmóviles.

Entonces, tal como había prometido, Gea hizo brotar de su seno un bello narciso de la variedad más rara que existía. Se trataba de una flor de pétalos blancos y anaranjados, cuya tersura era equiparable a la piel de un recién nacido. La fragancia que desprendía contenía el toque justo de dulzor para embriagar a la joven sin hacerle perder el sentido, de modo que resultaba imposible sospechar de la naturaleza divina de su esencia.

En el preciso instante en que Perséfone se agachó para tomar el narciso entre sus manos, la tierra sobre la que estaba plantada se estremeció y el suelo se abrió, como unas fauces voraces dispuestas a engullirla. De la inesperada grieta emergió el celador infranqueable en su carro fúnebre. Tocado con su casco para hacer invisibles las facciones de su rostro, agarró por la cintura a Perséfone, tan atónita ante lo repentino de los acontecimientos que no fue capaz ni siquiera de intentar zafarse de su captor. La dejó él caer sobre el asiento de su carruaje y reemprendió el descenso a su morada.

La tierra que se había separado empezó de nuevo a cerrarse, y fue entonces cuando Perséfone rompió a llorar y a gritar, desesperada. Veía cómo se apagaban los rayos del sol a medida que las rocas fragmentadas se recomponían y clausuraban la superficie uniéndose como las muescas dentadas de un perfecto mecanismo de cierre. Fijó la vista en un punto lejano, una imagen que iba quedando cada vez más arriba, en tanto que ella descendía sin pausa. Perséfone memorizó la que fuera quizá su última visión de la superficie: los pétalos blancos y anaranjados cuya belleza la había convertido en presa del abominable rey de los muertos.

∞

Hades regresó a la realidad de su paseo con Minos y comprendió que su consorte Perséfone jamás le perdonaría la violenta imposición que teñía con negra pátina el enlace entre ambos. Jamás, hasta ese instante, había considerado que esa circunstancia pudiera ser tan perdurable en el tiempo y resistente a las atenciones y regalos que, desde siempre, había prodigado a su esposa.

Tal vez hubiera llegado la hora de concederle el crédito que merecía como soberana de lo inevitable y eterna retenida entre los muertos. No obstante, no sería él, todopoderoso rey del inframundo, el que admitiera haber arrancado semejante flor de raíz para lanzarla a un pozo reseco y sin fondo. Él era la potencia divina que velaba por la pervivencia de la muerte, por el equilibrio perfecto y necesario entre lo que había estado vivo y debía perecer para dar paso a una vida nueva.

Como si el sabio Minos pudiera acceder a las cavilaciones silenciosas del dios, se dirigió a él con estas palabras:

—No te juzgues ni juzgues tus actos rememorando solo el pasado. Los jueces justos han de tener en cuenta todas las circunstancias de quien se ve sometido a juicio: las pasadas, las presentes e incluso las que depara el incierto futuro.

—Es lo ocurrido aquello que condiciona cuanto sucede. Los frutos amargos que ahora me inquietan son el resultado de una cosecha atacada por la plaga de la desidia y la profunda amargura.

Hades se refería, por supuesto, a las consecuencias que desató su decisión de raptar a la mismísima hija de Deméter. En aquel momento, la diosa, fuerza incontenible de la fertilidad natural, demostró ser también capaz de dejarse arrastrar por la furia y volcar su inmenso poder en el propósito de saciar una sed de venganza provocada por la sal del dolor en la herida abierta de la desolación materna.

∞

Deméter extrañaba ya la presencia de su alegre hija. La joven tenía costumbre de pasar el día entre juegos y risas, de común acompañada, pero en ocasiones también se aventuraba

sola en busca de nuevas plantas o flores. La potencia inmortal de la cosecha temió que se hubiera alejado demasiado y hubiera sufrido algún percance, y convocó a las ninfas que solían jugar con su hija.

—Decidme, ¿sabéis dónde está Perséfone? Todavía no ha regresado junto a mí, cuando hace ya mucho que debiera haberlo hecho.

Las ninfas se intercambiaron miradas angustiadas. Conocían a la diosa y sabían que solo sonreía y se mostraba feliz cuando gozaba de la compañía de su hija; el resto del tiempo era adusta y de reacciones imprevisibles.

—Estábamos con ella en las praderas —dijo una de ellas—. Perséfone quiso que confeccionáramos diademas florales…

—¡Luego, os encontrabais con ella! —exclamó la diosa con gran ímpetu— ¿La habéis abandonado?

La ninfa rompió a llorar. Eran tan asfixiantes sus sollozos que fue incapaz de proseguir. La observaba Deméter con gesto desconcertado. Otra ninfa tomó la palabra.

—Diosa clemente, madre de las fructíferas huertas de nuestro mundo —empezó a decir, intentando templar los ánimos de la desesperada madre—, Perséfone se alejó de pronto de nuestro grupo y la perdimos de vista un instante. Ninguna de nosotras se preocupó, ya que a menudo suele ella ir en busca, para su solaz, de lo que es más peculiar. Ciertamente, al cabo del rato nos inquietamos y fuimos por donde se había alejado, pero no la hallamos. Creímos que habría vuelto contigo. Apiádate de nuestra ignorancia, pues no ha habido maldad en nuestro proceder.

El rostro de Deméter adoptó el color furibundo de las amapolas. Aquellas condenadas y ociosas ninfas, aquellas chiquillas superficiales, habían descuidado a Perséfone y, para mayor agravio, no habían llegado a ser conscientes de su desaparición. Arrebatada por la ira, la diosa alzó los brazos. Vieron las ninfas, empavorecidas, que se alzaban del interior del suelo, como manando de las raíces subterráneas, filamentos de energía centelleante que se concentraron en sus manos. Entonces, con un rugido, Deméter bajó los puños como si pretendiera golpear la tierra. Una ola de fuerza, tan intensa que deformó el espacio, salió despedida en derredor, lanzando los cuerpos de las ninfas por los aires. Dispersas, fueron cayendo aquí y allá entre la espesura, donde permanecieron tumbadas, presas de un dolor insufrible que estremecía todo su cuerpo. Se oían sus gemidos por todo el bosque, mientras ellas se revolvían, intentando levantarse. Sin embargo, se daban cuenta de que sus miembros no les respondían. Aterradas vieron que sus piernas se encogían y se convertían en garras; que sus brazos se agarrotaban y se retorcían como sarmientos, que les crecían plumas de la piel recubriendo todo su cuerpo. Aunque su torso quedó intacto, pronto su cuerpo había adoptado la forma de una inmensa y horrible ave.

—¡Salid volando de aquí! —oyeron bramar la voz de la diosa—. ¡A ver si con esas alas sois capaces de llegar a lo más alto y, desde allí, decirme dónde se encuentra mi hija!

◦◦◦

Hades levantó la vista al cielo encapotado de nubes rojizas como si viera pasar una bandada de extrañas aves que en realidad no estaban allí. Se sentía abrumado ante el modo que podía contemplar ahora su relación con Perséfone a

través de las reflexiones de Minos. Sin embargo, además de ser la beldad de la naturaleza a la que había separado de los brazos de su madre, era asimismo la reina de sus dominios y, como tal, debía despertar en ella la voluntad de gobernar en consenso.

Necesitaba regresar a la quietud de su grandioso palacio. Ocupar el magnífico sitial en el que volver a sentirse en plena posesión de su poder regio. Sin mediar palabra, regresó sobre sus pasos, desde el valle del Lamento, dejando una negra estela de desolación detrás de sí.

2

Una flor en la oscuridad

Perséfone paseaba por el inframundo en compañía de su nostalgia. Ante la ausencia de referencias que le señalaran el transcurso de las jornadas, la reina de los muertos se entregaba a la evocación del momento en que por fin viajaría para reencontrarse con Deméter, su fértil y poderosa madre, que fue capaz de lo indecible para recuperar a su hija, cautiva de Hades.

La reina implacable había salido de palacio, el hogar lúgubre, imponente y adusto levantado por Hades, airada tras contemplar al dios invisible en compañía del juez Minos. Con seguridad, aquellos dos disfrutaban de una cercanía de la que ella jamás podría gozar, pues se hallaba no solo alejada de quien le dio la vida, sino de sus compañeras las ninfas, con las que tan feliz había sido cuando era solo una joven despreocupada entre los vivos. ¿Qué reflexiones estaría compartiendo el afamado juez de los muertos con su esposo?

Perséfone, impelida por una suerte de envidia combinada con añoranza, partió en busca de la vieja bruja Hécate. La de tierno corazón, gobernadora suprema de las fronteras entre el mundo de los vivos y el de las sombras, era la íntima compañera de la reina en el inframundo. Hécate, la sabia hechicera, siempre andaba rondándola, tanto a causa del cariño sincero que sentía por su soberana como porque se trataba de su cometido como garante del cumplimiento del pacto que mantenía a la reina del inframundo presente entre los muertos. Era una enviada de Zeus.

En la explanada que conducía al atrio de negras columnas, a la entrada del hogar regio, una espesa bruma pendía de modo permanente cual cortina acerada. De entre las vaporosas volutas grises, la bruja emergió y saludó con discreción a la reina, cuyo rostro no se distinguía entre la mortecina luz porque una fina tela velaba su faz.

—Perséfone, hija de la primavera, ¿cómo te encuentras? Tu soledad me hace temer que ese velo oculte algo más que tus bellas facciones. Sabes que puedes confiarme cualquier inquietud. Deméter, tu amada madre, depositó en mí toda la confianza que solo puede darse a una hermana.

—Querida Hécate, sabia anciana, sé que tu preocupación es sincera y bienintencionada, pero tu olvido me altera. ¿Acaso has de preguntar por el motivo de mi aflicción? ¿Es que alguien arrastrado hasta este mundo de muerte y desolación tiene algún motivo para no vivir en permanente repudio?

—Mi admirada reina de juicio implacable, siento dolor al tener que hablarte como sigue. No he olvidado las terribles circunstancias de tu llegada a estos dominios, no albergues la menor duda. Por el contrario, creo que tú sí olvidas de



Hécate, la sabia hechicera, era la íntima compañera de la reina en el inframundo.

continuo, y languideces por ello, el compromiso que te liga a los muertos, que trasciende con mucho tu condición de cautiva. Que no te molesten mis palabras: bien sabes que guardo con el mismo celo que cada parte respete lo suyo.

El discurso de Hécate provocó que la nostalgia de Perséfone se trocara en ira. No pensaba departir con la vieja bruja si esta no se compadecía de su tristeza. La vida entre las horrendas erinias, con sus repugnantes cabellos viperinos, con la presencia constante de monstruos y criaturas infernales, era insufrible para una hija de la vida exuberante. Le molestaban las almas sin memoria, los ríos cuyos cauces portaban fuego, la negritud, el silencio, la pestilencia.

Hécate, leal no solo a la reina sino a su sagrado compromiso con Zeus, no se dejó amedrentar, sino que fue tras su protegida caminando a pocos pasos de distancia. La reina se encontraba en pleno epicentro de un huracán de resentimiento, impotencia y desesperación y no reparó en la persistente presencia de Hécate. Así, vigilante la una y absorta la otra, continuaron avanzando durante un tiempo indeterminado, pues en los dominios de Hades resultaba imposible conocer con precisión cuál era la cadencia del tiempo.

Ambas habían seguido el recorrido de una senda situada a la izquierda del palacio. Toda aquella región era conocida con el nombre de Érebo y albergaba la cuenca del río Leteo, la fuente del olvido. Perséfone contempló por un instante las cristalinas aguas del río y coqueteó fugazmente con la posibilidad de ahogar su angustia inundándola con el líquido de la desmemoria. Al tiempo que acariciaba la idea observó a una mujer arrodillada en la orilla, que bebía usando las manos como recipiente. Cuando aquella mujer hubo tragado el



líquido, se incorporó con parsimonia y se volvió para alejarse del lugar. Entonces la reina pudo ver de frente su rostro: los ojos eran dos pozos infinitos, vacíos de cualquier emoción. La hija de Deméter estaba desesperada, pero no hasta el extremo de renunciar al recuerdo de su existencia entre los vivos.

La vieja Hécate, cuya profunda sabiduría había adivinado el pensamiento que acababa de pasar por la mente de Perséfone, se acercó más a la reina y se atrevió a tomarla de una mano con tal de sacarla de sus infructuosas cavilaciones.

—Querida portadora de la antorcha y el cetro, permite que te aleje de estas aguas, pues las almas que sacian su sed en ellas buscan el olvido.

La esposa de Hades se dejó llevar por Hécate sin pronunciar palabra, tal era su aturdimiento. La bruja tuvo la astucia de conducirla hasta el Mnemósine, el manantial de la memoria, también situado en el Érebo. Bien sabía la vieja que allí, al cobijo del álamo blanco y con el melódico canto de Orfeo de fondo, la reina encontraría el solaz que tanto necesitaba.

Bajo la lluvia perenne de copos nevados que eran las hojas de aquel hermoso árbol, Perséfone se acomodó con delicadeza y apoyó la espalda contra su tronco sólido. Hécate se situó junto a la reina y, al ver que el desconsuelo persistía en su ánimo, levantó el velo que cubría su tez y la miró fijamente a los ojos.

—Bella reina de estas tierras, deja de prestar atención al barullo de tu mente y abre la puerta a los hermosos cánticos que bañan este paraje.

Por un breve instante, Perséfone salió de su embeleso y escuchó en silencio. Entonces penetraron en sus oídos los bellos cánticos compuestos por Orfeo. El virtuoso músico había escrito los líricos versos que habían de recitar las almas



deseosas de saciarse en las aguas del Mnemósine. Los himnos elevaron el espíritu de la reina, pero, al venirle al recuerdo de modo imprevisto su último reencuentro con su amada madre, no tardó en volver a caer en la melancolía.

—Es imposible que disfrute de la hermosura de la música si lo único que oyen mis oídos es el llanto de mi madre cuando volvió a verme junto a ella después de haberme perdido.

Para cualquier habitante de la Tierra, cualquiera dotado de los sentidos de la vista o el olfato, sería imposible no evocar el reencuentro anual de la madre dadivosa y la hija portadora de las estaciones. Con el regreso de Perséfone al mundo de los vivos, las rosas, consagradas a la diosa del amor y la belleza, desprendían sus efluvios al tiempo que los frutos brotaban de las entrañas de Gea y de los brazos de los árboles donde habían permanecido dormidos en ausencia de Perséfone. Los cereales verdeaban en los campos. Una miríada de pájaros trinaba alternando diferentes cantos, y se diría que comentaban entre ellos cómo aumentaba, con cada primavera, el poder de Perséfone para devolver el júbilo al universo.

Esos felices reencuentros hubieran sido imposibles de no haber sido por la virulencia de Deméter durante el arduo periplo que llevó a cabo para recuperar a su hija, en el transcurso del cual mostró que la naturaleza de la diosa capaz de hacer brotar cualquier simiente no carecía asimismo de un reverso capaz de la aniquilación.

∞

La dadora de bienes se iba marchitando como una planta mustia cada instante que pasaba ignorando el paradero de su hija. Apenas habían transcurrido tres jornadas cuando

Deméter decidió partir de viaje por la Hélade en pos de alguna pista que pudiera conducirla junto a su amada hija. Durante nueve días y nueve noches recorrió el territorio sin descanso ni alivio alguno, preguntando a quien encontraba en el camino, pero nadie había visto ni oído nada.

Finalmente, derrotada, exhausta y desesperanzada, hizo una parada en Eleusis para refrescarse con el agua del pozo. Allí, justo a la hora en que las mujeres acudían a llenar los cántaros, las hijas del rey eleusino, Céleo, casado con Metanira, departieron con la falsa anciana, se apiadaron de ella por su aspecto cansado y la llevaron con ellas a palacio para que se entrevistara con el buen rey.

—Cuéntanos, anciana, cómo has llegado tan sola por el camino hasta aquí —preguntó Metanira, esposa del soberano.

—Fui raptada en Creta por unos piratas, pero logré escapar y lanzarme a los caminos —respondió la diosa artera, poco dispuesta a revelar su auténtica identidad.

—Con tu avanzada edad —empezó a decir el rey Céleo—, deberías instalarte en un lugar donde se respeten las canas que peinas y la experiencia que te ha dado la vida. Has encontrado ese sitio, si lo estabas buscando.

Deméter se sintió conmovida por el ofrecimiento.

—Oh, noble rey de Eleusis, tu generosidad no conoce límites, pero tal vez debiera continuar mi camino.

Metanira la observó un momento, cavilando, y dijo luego:

—¿Adónde te esperan?

Nada contestó Deméter a esa pregunta. A través incluso de su apariencia transmutada era posible percibir su aflicción. La reina se alzó del trono, descendió y la tomó delicadamente de las manos.

—Necesito una nodriza que cuide del pequeño Demofonte, ¿querrías desempeñar tú esa tarea? —preguntó con amabilidad.

Deméter sintió un pequeño momento de alivio en su inmenso sufrimiento. No necesitaba un trabajo, ni habitar entre los mortales, sino encontrar a su hija, pero, ante el poco éxito de su búsqueda, su corazón estaba tan encogido que no podía evitar sentir agradecimiento hacia aquella dulce mujer mortal. Así, aceptó la oferta.

∞∞

La falsa nodriza cumplía con diligencia sus tareas, lo cual no impedía que pensara día y noche en la desaparecida Perséfone. Ello hacía que su expresión fuera a menudo sombría y adusta. Durante una velada, Yambe, criada en el hogar de Céleo y Metanira, que andaba siempre cuchicheando e inventando chanzas inspiradas en el diario quehacer de la casa eleusina, observó la tristeza de la nodriza y sintió el impulso de hacerla reír. Recitó unos versos lascivos y cómicos y, mientras Deméter empezaba a esbozar una tímida sonrisa, la vieja Baubo, el ama seca de abultado vientre y poderosas caderas, la indujo a que bebiera agua de cebada y menta.

El líquido embriagador relajó el ánimo de la dolida Deméter, que reía a mandíbula batiente tras haber perdido la cuenta de las veces que bebía de la jarra.

—¡Mirad todos a la nodriza! —vociferó Abante, hijo mayor de la casa de Céleo—. ¡Parece la jarra una extensión de su boca!

Deméter, que hasta ese entonces había sabido contener cualquier arrebato que la señalara como diosa y desmintiera su fingida condición de simple mortal, no toleró tal desfachatez. Dolida, la diosa lanzó una mirada rencorosa a Abante y lo hizo callar al punto.

La alegría continuó mientras Abante se recogía a un aparte de la sala con sus más allegados, los muchachos de su edad. Allí seguían riendo por lo bajo y bebiendo sin que nadie parara mientes en ellos, y Deméter sospechaba, sin mirar hacia allí, sino manteniéndose ajena a ellos, que continuaban las burlas sobre su comportamiento. Sucedió que, de pronto, estallaron los gritos en aquel costado de la sala y los jóvenes que rodeaban al rey recularon, presas del pánico, tumbando bancos y mesas, jarras y copas. En el centro del corro, Abante, todavía con una copa en la mano, parecía marchitarse a toda prisa, volviéndose su piel verde y escamosa, encogiéndose, retorciéndose sus brazos y sus piernas, reduciéndose sus ojos, hasta que, ante la vista aterrada de todos los presentes, se hubo transformado en un lagarto. Cayó una jarra cuando la reina Metanira se alzó en su trono, con la mirada clavada en su hijo, y llevándose las manos al rostro, emitió el chillido de dolor más desgarrado que Deméter había oído en mucho tiempo. Inmediatamente la diosa se arrepintió de haber desatado su ira tan fácilmente y de haber perjudicado a quien tan generoso había sido con ella.

Turbada por su comportamiento, pese a haber sido inducido este por los efectos espirituosos del agua de cebada, Deméter decidió compensar a los reyes. Presentándose ante ellos, se mostró en su esplendor divino, desposeyéndose de su apariencia de anciana. Entonces, ante los atónitos monarcas, anunció que enseñaría a su hijo Triptólemo y al rey mismo los ritos sagrados para aumentar sus cosechas y re-



verdecer sus pastos. Así pasaron los eleusinos jornadas asimilando las enseñanzas de Deméter y aprendiendo los secretos relacionados con sus fértiles misterios.

◊◊◊

No fue casual que Triptólemo fuera el hijo de Céleo escogido para compartir con su padre el don de los misterios transmitidos por Deméter. Fue él quien le proporcionó una información más valiosa que todas las riquezas de la tierra. Hacía unos días, Eumolpo y Eubuleo, pastor y porquerizo del rey respectivamente, habían sido testigos de un hecho extraordinario y así lo habían referido al príncipe.

Se encontraban cuidando del ganado en pleno campo, cuando, de súbito, los animales dejaron de pastar y ronzar y elevaron la vista hacia sus guardianes humanos. Los jóvenes pastores sintieron cómo se estremecía la tierra bajo sus pies y creyeron estar a punto de presenciar un inexplicable estallido de furia de la mismísima Gea.

De pronto, la piel de la Madre Tierra se desgarró y se partió en dos, dejando a la vista las entrañas que de común permanecían ocultas. A modo de una boca ávida, la abertura engulló todos los puercos de Eubuleo, al tiempo que ambos muchachos quedaban ensordecidos tanto por los chillidos de los pobres cochinos como por un poderoso ruido de cascos que se acercaba y retumbaba en sus oídos.

—Fue imposible no ver el dorado carro tirado por aquellos potentes caballos —comentó Eumolpo.

—Era un vehículo de oro puro y los corceles eran negros como una noche sin estrellas —añadió Eubuleo.

Ya Deméter se sentía ansiosa por el relato.

—¿Quién era el conductor de tan magnífico y misterioso vehículo? —exigía saber.

—Con una mano sujetaba las riendas y con la otra llevaba atrapada con fuerza a una joven que no cesaba de gritar, pero, lo más pavoroso, lo que todavía nos estremece cuando lo recordamos es que era imposible verlo, de modo que las riendas pendían del aire por un lado, y quedaban suspendidas por el otro. Era una criatura invisible.

Deméter enmudeció y sus ojos se extraviaron más allá del rostro de los pastores, que tan intensamente había estado contemplando durante su narración. No tenía ninguna duda sobre la identidad del culpable. Sin embargo, debía cerciorarse antes de acusarlo ante Zeus, a quien debía exigir explicaciones con urgencia. Sabía a quién acudir en busca de ayuda para confirmar sus sospechas: a su consejera de tantas otras ocasiones, a la diosa bruja, a Hécate.

◊◊◊

—Le aconsejé que visitáramos a Helios, quien todo lo ve, pues está situado en lo más alto de la bóveda celeste —recordó Hécate a Perséfone bajo el álamo—. No fue tarea sencilla que el taimado dios no intentara deslumbrarnos con sus radiantes maneras y confesara lo que había visto desde su posición aventajada.

Helios explicó que había visto a Perséfone jugando con las ninfas entre las flores. Cuando la joven se apartó de sus acompañantes, en un abrir y cerrar de ojos, la tierra se abrió y ella fue engullida. A pesar de la confesión, la diosa bruja sospechaba que el auriga del sol ocultaba algo. Evitaba mirarlas a los ojos y hablaba con premura, para que



Deméter enseñó a Triptólemo los ritos sagrados para reverdecer sus pastos.

se marcharan cuanto antes. Temía las consecuencias que le acarrearía su confesión.

—Entonces lo amenacé —dijo a Perséfone—. Le advertí que, si no ayudaba a tu madre contándonos todo lo que había sucedido, cada mediodía, puntualmente, sin perder ni uno, volcaría la totalidad de mi poder y de mi rabia en eclipsarlo. Ese sería mi propósito en la creación: interponerme entre él y el mundo justo en su momento más esplendoroso, cuando se vuelve insoslayable, omnipresente, su instante de gloria cotidiano. Mi amenaza surtió efecto. Enseguida confesó quién te había capturado.

A Deméter no le cabía ninguna duda de la complicidad de Zeus con Hades. Su hermano, el mismo padre de la hija raptada, había permitido que el oscuro rey se llevara a la muchacha. Semejante connivencia, semejante traición le abrió una herida cuya curación le parecía imposible. El dolor no tardó en tornarse en cólera. No quería volver a ver el rostro de la felonía y decidió no regresar jamás al Olimpo.

Retomó su recorrido por la Tierra, pero, esta vez, a cada paso que daba iba ordenando a árboles y plantas que cesaran de dar fruto para que los humanos no pudieran alimentarse. Miraba fijamente la hierba y la impelía a que dejara de crecer para que el ganado muriera de inanición. Animales y hombres contemplaban con impotencia la degeneración de su entorno. La velocidad a la que se agotaba el alimento iba en proporción al aumento de la tristeza inconsolable de Deméter.

—Diríase que el inmenso amor que sentía por ti insuflaba en ella la fuerza necesaria para extender su agonía a los demás. Los sentimientos maternales pueden ser también



causa de aniquilación —explicó la bruja, y luego, acarició los cabellos de su protegida—. Perséfone, reina mía, te invito a despedirte de toda nostalgia, pues el final de esta historia, tu vuelta al mundo cada año, no es otro que el renacer de la vida misma, el inicio de un ciclo eterno por el que la humanidad entera te acabará venerando como dadora de vida.

Fue al oír esas palabras cuando la hija de Deméter por fin esbozó una tímida sonrisa.

3

El renacer de la vida

Hades había concluido su conversación con el juicioso Minos y sentía en sus entrañas un fulgor ardiente que eclipsaba con mucho el ardor de las aguas del Flegetonte. Los recuerdos recorrían su cuerpo como afluentes del Mnemósine: corrientes turbulentas cargadas de evocaciones que lo removían por dentro. No permitiría que ningún súbdito del inframundo, ni mucho menos el juez más sabio de la tríada que gobernaba la planicie del Juicio, fuera testigo de su desazón. Tras recorrer la memoria, de la que sin duda disfrutaba Minos, quien no había bebido de las aguas del río del olvido, Hades sentía la necesidad de convencerse a sí mismo de su magnanimidad y clemencia como rey.

Se puso en pie y abandonó su sitial. Minos emuló su gesto, levantándose de su propio asiento sin mediar palabra. Percibía en la oscura mirada de los ojos infinitos de Hades que el rey ya no se encontraba allí. Decidió seguirlo sin importu-

narlo con preguntas. El señor de los muertos avanzó dando grandes zancadas para cruzar la sala del trono, descender por una escalinata, recorrer la explanada de palacio y llegar hasta los altos muros de piedra negra que rodeaban su imponente morada. Allí se volvió para apreciar la inmensidad de sus dominios regios y se apercibió de la presencia de Minos. Tal había sido el sigilo y la discreta actitud del juez de los sin vida que Hades se sobresaltó al verlo allí todavía.

—Apreciado Minos, tienes mi permiso para regresar. Tus palabras templadas y tus prudentes reflexiones me han llevado a un auténtico remanso de calma —mintió Hades, pues no quería reconocer su malestar.

—Señor de lo inevitable, regreso en este mismo instante a la planicie del Juicio, no dudo que allí me esperan infinitas sentencias que dictaminar. La vida, que es un ciclo imparable, genera nuevas muertes a cada instante.

Habían llegado ya a la llanura donde residían los tres jueces del inframundo. Allí se separaron sus caminos, y Hades continuó avanzando en busca de un rincón apartado donde poder recapitular tranquilo.

Posó su mano sobre la rugosa piel de una roca y, de pronto, entendió quién sería el único ser que, en esos momentos de turbación, lo escucharía sin causarle mayores angustias: su amada abuela, la mismísima Gea. Desde siempre, Hades había tenido la capacidad, entre otras peculiares habilidades, de hablar con las vetas de las piedras y así, de entre todos sus hermanos, fue él quien confió a la Tierra muchas de sus cuitas e inquietudes.

Rememorando otras conversaciones con la madre primordial, llegó caminando de nuevo hasta el valle del Lamento, pues quería alejarse todo lo posible de la planicie del Juicio y alcanzar una ubicación en la cual estar tranquilo para su comunicación con Gea. Cruzó la barrera invisible y sonora de gritos desesperados y salió de su profundo ensimismamiento. Decidió dirigirse hacia la ribera del Flegetonte. Allí, junto al burbujeo incandescente de la cuenca de fuego y con el rumor distante de gemidos y alaridos de desesperación, Hades se felicitó por haber dado con la perfecta sinfonía del horror.



—Madre de Todas las Cosas, soy Hades, tu nieto, el que se crio en el estómago de su padre Crono y ahora reina en tus propias entrañas. Desde lo más profundo de tu ser, yo te invoco, pues necesito de tus sabias palabras para encontrar la tregua que requiere mi ánimo.

—Así ha de ser, rey del inframundo. Tú que hablas con las vetas de mi piel, tú que pasas desapercibido por tu sigilo, aquí me tienes: dime, ¿qué te inquieta?

—Gobierno con justicia y magnanimidad esta tierra de almas tan diversas como vidas existen, no desatiendo ni por un instante mi cometido como guardián de la inevitable y necesaria muerte. Soy, sin lugar a dudas, digno merecedor del título con el que se me coronó. No obstante, nadie me expresa agradecimiento ni admiración. No cuento siquiera con el regalo de las sonrisas de mi esposa, la bella Perséfone.

—No olvides la auténtica naturaleza de tu regencia. El viaje hasta tu reino no complace a los vivos.

—Lo sé, madre primordial. Pero he demostrado comprensión con todos, desde que me visitó el primero de ellos.

—Recuerdo esa primera visita a tu reino de extinción con retorno asegurado al mundo de los vivos. Hermes, el

mensajero de los dioses, me recorrió por dentro con una misión que se antojaba imposible.

◇◇◇

Zeus sentía demasiada vergüenza para visitar a su hermana en persona, pero debía detener cuanto antes su terrorífico pesar, pues la diosa inoculaba su dolor a las semillas y plantas, que habían dejado de crecer y brotar en consecuencia. Entonces el acumulador de nubes envió en su nombre a Iris, la de las alas de oro, hasta Eleusis. La mensajera divina se presentó allí para transmitir la petición de Zeus a Deméter. Pero la madre dolida ignoró por completo la petición divina, así como las repetidas ofrendas de los mortales. Tras aquel primer intento fallido de hacer que depusiera su actitud, toda una variedad de dioses olímpicos acudieron a visitar a la diosa, la agasajaron incluso con ofrendas conciliatorias y le suplicaron que atendiera a razones y fuera clemente con la castigada exuberancia de la tierra.

Sin embargo, la sed de venganza de la madre privada de su hija estaba más allá de toda reflexión. No tenía intención alguna de regresar al Olimpo, sino la firme voluntad de marchitar con su tristeza cualquier brote, raíz o bulbo que osara reverdecer o asomar por el suelo hasta que Perséfone regresara a su lado. La exasperación de su hermano había alcanzado los límites de lo insoportable. Solo restaba una medida desesperada: debía enviar a Hermes al inframundo con un mensaje para el soberano invisible.

—Heraldo celeste, comunícale a mi negro hermano que, según ha de recordar, nunca le di mi consentimiento expreso para que llevara a cabo este rapto, sino que interpretó mi silencio como mejor le pareció. Bien sabe él que toda criatura



Dioses y mortales agasajaron a Deméter para que fuera clemente con la tierra.

eterna que desciende al inframundo sin haber sido enviada o sin que le haya llegado el momento debido no pertenecerá verdaderamente a ese dominio en tanto que no ingiera alimento alguno que se haya cultivado en su suelo imposible. Vuela, hijo mío, vuela a rescatar a Perséfone antes de que la cólera de su madre dolorida arrase la creación.

Hermes, el joven hermoso y grácil, dispuso todo para el periplo a los dominios de la oscuridad. Viajaría con un carro alado y en él montaría a Perséfone. Aunque en el trayecto de ida sería el único ocupante de su vehículo volador, portaba una carga de mucho más peso que cualquier otra: el mensaje de Zeus que debía poner fin a la desolación de los humanos, fruto de la amargura de Deméter. Con su caduceo en ristre, el mensajero divino iba azuzando a los caballos para llegar cuanto antes a su destino, pues cada instante que Perséfone pasaba entre los muertos, más probable se hacía que el hambre la hiciera olvidar la desesperación y la obligara a comer de los frutos prohibidos.

El mensajero por fin llegó a su destino. El rey de los muertos estaba esperándolo sentado en su trono del gran salón.

—¿Qué vienes a comunicarme, Hermes? Dímelo y márchate cuanto antes.

—Hades, honorable rey de lo invisible, me envía el acumulador de nubes, tu hermano Zeus, con un mensaje fundamental para la continuidad de la vida en la Tierra. Has privado a Deméter de la compañía de su amada hija, tu sobrina Perséfone. Su madre ha caído en un abismo de tristeza infinita y su propia desidia de vivir ha marchitado todo cultivo, brote y fruto. Los hombres mueren de inanición y también sus animales.

Hermes recordó a Hades la condición para el retorno de Perséfone. Ella había vivido con tal desesperación su tiempo cautiva en la morada de los muertos que no había probado bocado. Por esa razón, Hades no tenía más remedio que acatar los designios de su hermano. Sin embargo, para no reconocer la humillación, fingió que era una clemencia infinita ante la joven desesperada lo que le movía. A tal fin, solicitó al heraldo ser él mismo quien comunicara la noticia a la bella hija de Deméter.

—Perséfone, abandona los sollozos —rogó Hades a la joven cautiva, cuyo único impulso era el llanto desde que estaba retenida en el inframundo.

—¿De qué me serviría?

—Tu sufrimiento me resulta insoportable. Está en mi pecho permitir que regreses junto a tu madre, pues mi benevolencia es mayor de lo que todos me conceden. Hermes ha viajado hasta mi reino en su carro alado y espera para llevarte a Eleusis, donde podrás reencontrarte con mi hermana.

Perséfone cesó su llanto. Tomándola de la mano, Hades la acompañó a la entrada, donde ya la aguardaba Hermes. El mensajero de los dioses la ayudó a subir al carro en el que había descendido al inframundo. En el instante en que por fin estaba todo dispuesto para partir con destino a Eleusis, mientras Hades contemplaba la escena sin todavía poder dar crédito a su derrota, se oyeron unos gritos procedentes de los huertos Elíseos. El responsable de tal revuelo no era otro que Ascálafo, el fiel jardinero de Hades. Proclamó con determinación que había visto a Perséfone comer siete granos de una granada de uno de los huertos que él mismo cuidaba.

—Estoy dispuesto a dar testimonio de lo que vi ante Zeus, si es necesario —sentenció con altanería mirando a la joven.



Hermes descendió al inframundo para terminar con la amargura de Deméter.

Hades le ordenó que montara a la parte trasera del carro de Hermes, para declarar ante su hermano y la propia Deméter lo que había visto, pues, así las cosas, el trato al que había llegado con su hermano ya no era válido, puesto que Perséfone había incumplido la condición de no probar alimento alguno de los muertos.

Todo parecía indicar que la hija de la diosa nutricia pasaría la eternidad en las oscuras tierras del inframundo, y Hades no podía sentirse más complacido. Sin embargo, en cuanto Hermes llegó a Eleusis, Perséfone descendió de su vehículo y salió corriendo para echarse a los brazos de su amada madre. Al punto denunció ante ella el intento de Ascálafo de recuperarla para la eternidad oscura de su rey.

—¡Pretende que regrese con él al inframundo! —lloraba desesperada— ¡Jura ese ser ruin que ante el propio Zeus declarará que he degustado la comida de los muertos!

El jardinero se encogió empavorecido al ver que la propia Deméter crecía y aumentaba de tamaño, cerniéndose sobre él con mirada torva.

—¿Eres tú, desgraciado, quien quiere separarme del fruto de mis entrañas? ¿Con qué poder respaldas tanta insolencia ante una diosa y su progenie?

Sintiendo que no le quedaba aire en los pulmones, el jardinero reunió fuerzas para poder dar una respuesta. Con apenas un hilo de voz, logró decir:

—Soy Ascálafo, señora, el fiel jardinero de Hades, rey de los muertos. Debo lealtad eterna a mi señor y no miento al decir que Perséfone ha incumplido la única condición impuesta por Zeus omnipotente para regresar al mundo de los vivos.

—No pienso admitir que un súbdito insignificante me aparte durante más tiempo de mi hija. Si esas son las condiciones de mi hermano, no regresaré jamás al Olimpo y mi maldición sobre la tierra desolará la creación, vaciándola de toda vida natural.

Asintiendo con la cabeza, Ascálafo se retiró. Así tuvo el sirviente que volver él solo, sin la novia prometida, a cuidar los jardines de su señor, sintiéndose solo herido en su orgullo por el momento.

◇◇◇

El soberano celeste, desesperado, imploró la intermediación de su madre, Rea, quien también era la progenitora de Deméter y el mismo Hades, para poner fin a la letal infertilidad. Fue ella, la madre que tanto había sufrido para liberar a sus hijos del estómago del cruel Crono, la que consiguió convencer a Deméter; sus palabras maternales llegaron al corazón de la vengativa diosa.

—Querida hija, entiendo como nadie el dolor que has sentido al verte privada de la presencia de Perséfone. Ninguna madre debería verse arrebata de sus retoños. Créeme que lo entiendo. Pero no olvides que al regar con tu tristeza los pastos, tú también privas a las madres de sus crías, pues estas no pueden seguir alimentándose y mueren. Apelo a tu compasión para con toda la vida que puebla mi anchuroso pecho y te insto a negociar con tu hermano, Zeus.

Este le propuso que Perséfone pasara seis meses del año en compañía de Hades, como reina del inframundo, y los otros seis meses, junto a Deméter. Fue el momento en que Hécate se ofreció como garante del cumplimiento del pacto gracias

a la constante vigilancia de Perséfone durante su estancia en el reino de los muertos.

Deméter accedió finalmente a regresar al Olimpo. Sin embargo, no quiso abandonar su estancia en Eleusis, donde había recibido tanta ayuda y consuelo en momentos de desesperación, sin acabar de transmitir a Triptólemo, Eumolpo y Céleo el resto de la sabiduría que encerraban sus misterios, así como los rituales necesarios para su culto.

Al hijo de Céleo, Triptólemo, le entregó grano para la siembra, lo equipó con un arado de madera y un carro cuya fuerza de tracción eran unas serpientes. Deméter ordenó al joven que emprendiera un viaje por el mundo con el objetivo de instruir a todos los seres humanos en las artes agrícolas. Una vez concluyó su instrucción, resolvió otro asunto pendiente.

No obstante, la indiscreción de Ascálafo no quedaría sin castigo. En un momento de descuido del pobre desgraciado, Deméter lo arrojó a un profundo agujero y lo cubrió con una piedra de tamaño descomunal. Ascálafo se sentía desesperado, atrapado e injustamente castigado, pues él había obrado como lo hizo por su ciega lealtad a Hades, no por malicia ni aspiraciones ocultas de ninguna clase. Habría sido feliz como jardinero eterno en el mundo de los muertos; allí desempeñaba su labor gozando del extraño lujo de la vida natural de los Elíseos. En el fondo del negro foso al que lo condenó Deméter agonizaba sin solución, pues sabía que, además, así estaría por toda la eternidad.

Sin embargo, quiso el destino que Ascálafo gozara de una segunda oportunidad, pues Hércules dio libertad al aprisionado jardinero durante la realización de uno de sus arduos trabajos. El valiente héroe viajó al inframundo con la difícil

misión de capturar al can Cerbero, y fue tanta su bravura y tan potente su energía a la hora de realizar el cometido encargado por Euristeo que le sobró voluntad, tiempo y arrojo para levantar la pesadísima piedra que bloqueaba la salida de Ascálafo, tender su poderosa mano y tirar del jardinero para sacarlo hasta la superficie.

—Oh, gran Hércules, poderoso héroe, te estaré agradecido siempre y, desde hoy, te debo tanta lealtad como al mismo Hades, mi rey y señor —dijo Ascálafo sin dar crédito a su fortuna.

—No digas más, jardinero del inframundo. Retoma tus tareas de cuidado del único rincón bello de este universo oscuro de desolación. Estoy seguro de que tus manos obran auténticos milagros en la flora de los muertos —zanjó Hércules.

No obstante, la sed de venganza de Deméter era demasiado intensa: en cuanto Ascálafo fue liberado, y a pesar de encontrarse en el inframundo, la diosa se apercibió de su recobrada libertad y se dispuso a evidenciar su poder absoluto.

—¿Cómo osas pasearte tan ufano fuera del agujero al que te arrojé?

—Hércules, en su infinita benevolencia, me ha liberado de la prisión a la que tú me habías condenado. Ahora ya soy libre como un pájaro, como un ave entre las flores del jardín del inframundo.

Deméter no pensaba permitir tamaña insolencia. Menos si esta procedía del miserable que había delatado a su amada hija y la había convertido en una eterna viajera entre la vida y la muerte.

—¿Como un ave, dices? Un ave estúpida, un ave incapaz de servir para mucho más que para observar la oscuridad, la

negrura de tu detestable inframundo. Un ser insignificante, que no logra pensar más allá de su obtusa mirada de nictálope.

—Deméter, madre de la naturaleza, entiendo tu ira, pero has de saber que no fue mi intención perjudicarte. Mis decisiones siempre han estado guiadas por la más ciega lealtad a Hades.

—Ceguera y lealtad son una mala combinación.

Deméter alzó ambas manos con las palmas mirando hacia arriba, como si estuviera elevando un gran peso invisible. En ese instante, Ascálafo sintió un intenso dolor, y de la piel empezaron a brotarle plumas; primero, unas pocas y, tras unos segundos, cubrieron toda su anatomía, incluido el rostro. Quiso gritar y suplicar clemencia, pero, cuando iba a abrir la boca, se dio cuenta de que ya no la tenía y, en su lugar, un pico amarillo y diminuto se abrió y emitió un sonido aflautado. Se trataba del ulular agudo de un búho.

El cuerpo de Ascálafo se encogió, entre terribles contorsiones y retortijones, hasta quedar reducido al de un ave pequeña, que habría cabido en la mano del transformado jardinero. Sus ojos eran dos cuentas amarillas. El traidor había perdido su condición humana y era en ese momento un autillo, un búho en absoluto poderoso, más bien despreciable, que solo se manifestaba durante las noches de calor abrasador. Las orejas del autillo eran cortas y también absurdas. Todo en él era mínimo, grotesco e irrisorio; su canto, agudo y sus dimensiones, risibles. Deméter por fin se sentía satisfecha: la venganza había sido justa.

No obstante, y a pesar de no satisfacer a todas las partes por igual, el acuerdo al que llegaron Zeus, Hades y Deméter puso punto y final a la desolación. Por fin, tras tanto padecimiento, mentiras y traiciones, la hija de la primavera

recuperaría su condición de fruto vivo del renacimiento natural. Deméter sintió rebrotar la felicidad en su pecho y sus lágrimas de emoción volvieron a regar los campos y fueron alimento de vida para las plantas y árboles resecos. La armonía retornaría con la recuperación de su hija, y no solo a su organismo, sino al organismo gigantesco y vivo que era la misma naturaleza.

Origen y fruto se fundirían en un solo estallido de felicidad y de esa eclosión llovería el júbilo para alimentar las nuevas cosechas. Del abrazo de reencuentro entre madre e hija emanaría el calor necesario para madurar los frutos y tostar el grano. Los humanos, una vez más, recuperarían la posibilidad de seguir viviendo y desarrollándose hasta finalizar su existencia y transitar, cómo no, al reino que también era ahora de Perséfone: el inframundo.

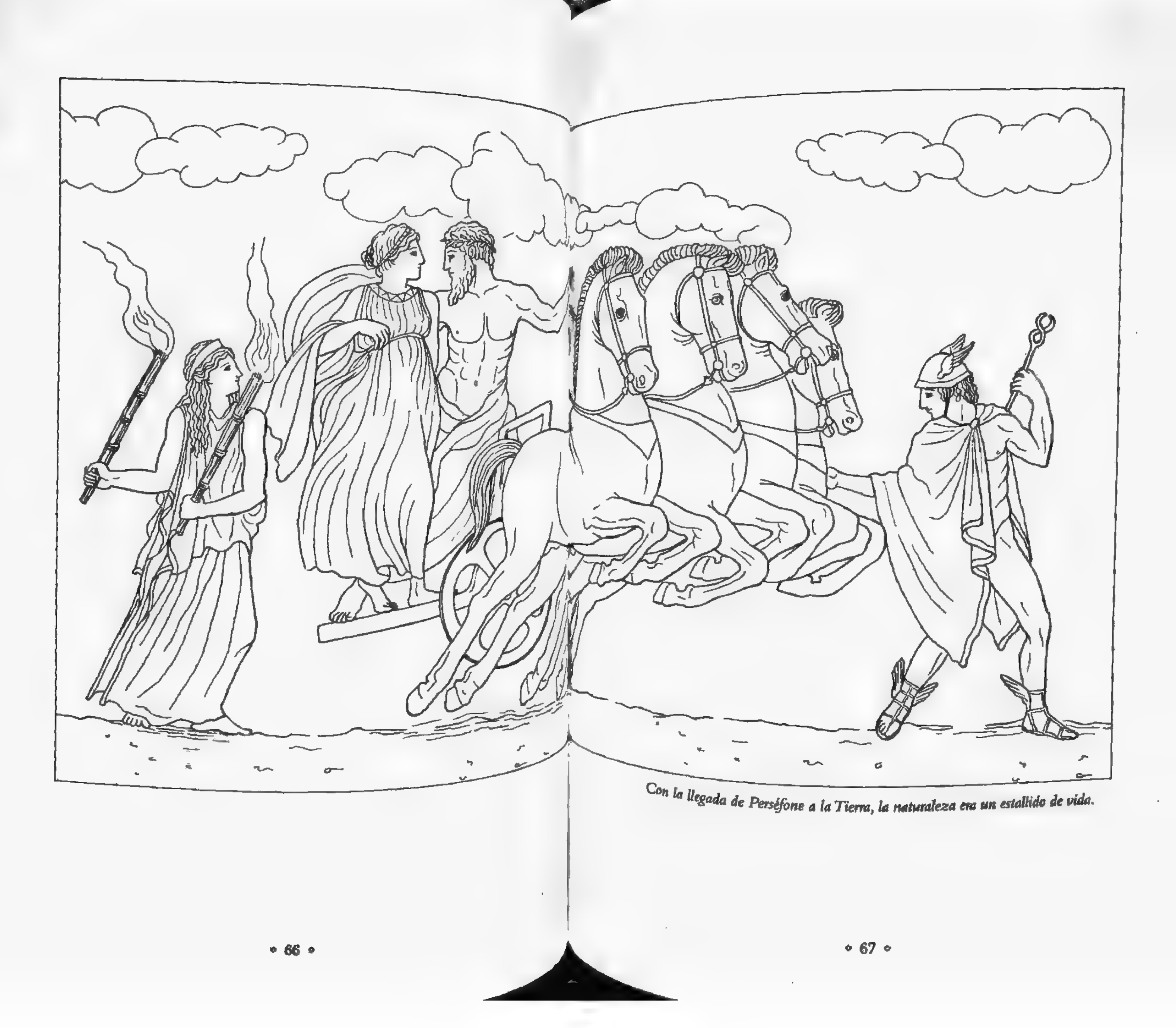
Con la llegada de Perséfone a la Tierra, florecerían los campos y reverdecerían los árboles. Su regreso anual marcaría, ya para siempre, el renacimiento de la esperanza, la vuelta del canto de las aves que acudían a picotear los frutos maduros y a robar el grano de las cosechas, los correteos jubilosos de los corderos y terneros tras beber hasta saciarse la leche de sus madres bien nutridas, y el alfombrado multicolor de las praderas cubiertas de flores. Cuando Perséfone emergiera de las entrañas de Gea, la naturaleza sería un estallido de vida.

∞∞

Hipnotizado por el canto de un autillo que venía quizá de su memoria, Hades había acabado cruzando las puertas que daban al idílico jardín de los Elíseos. Allí, entre un vergel de árboles frutales y la frondosidad de infinitos arbustos floridos y verdes matorrales, danzaban y cantaban alegres las almas cuya existencia había sido noble y honrosa. El rey de los muertos paseó durante un rato dejándose envolver por aquella cálida atmósfera. Los Elíseos eran el único lugar en el inframundo que gozaba del día eterno, y tal vez por esa luminosa claridad, Hades llegó por fin a una conclusión sobre la magnanimidad de su mandato.

No podía olvidar que se encontraba en la parte del inframundo donde su gobierno no era necesario, pues los habitantes que poblaban los Elíseos habían sido héroes en vida, y su existencia intachable había merecido el premio de la dicha eterna. La compasión de Hades había sido fundamental para la creación de ese espacio de retiro y primavera sin fin. Hasta tal punto llegaba su generosidad como rey de los muertos, a ese respecto, que había sido capaz de renunciar al ejercicio de su soberanía en ese paraje.

¿Era posible que, por su ansia de rigor y austeridad, se castigase en exceso cuando juzgaba retrospectivamente sus acciones? ¿Era tal vez más benevolente de lo que se concedía a sí mismo? La calidez de la atmósfera y la dulce fragancia de los frutos de los Elíseos empezaban a confundirse con sus bienintencionados pensamientos. Su buena disposición arrojó una pátina de bondad sobre sus consideraciones y lo hizo apreciar el carácter de su esposa Perséfone. Desde los más tempranos recuerdos de su relación la veía él mostrándole siempre un desprecio sin ambages, atenazada por la congoja constante de verse atrapada en su reino, con el reproche silencioso reflejado en su desdeñosa mirada. Sin embargo, y seguramente embriagado por el perfume de la eterna primavera de los Elíseos, entendió que Perséfone



Con la llegada de Perséfone a la Tierra, la naturaleza era un estallido de vida.

era también la reina consorte más adecuada para ocupar un puesto junto a su trono.

Hades reconoció la complejidad a la que su esposa tenía que aplicar su potencia divina: actuaba como representante regia del final de la vida durante su estancia entre los muertos y al mismo tiempo recaía sobre sus espaldas el renacer durante su regreso al mundo de los vivos. Su existencia era una contradicción constante. En el corazón del rey invisible empezó a aflorar un sentimiento nuevo: la comprensión.

A partir de ese instante, la indiscutible frialdad que congelaba el fondo de los ojos de su consorte, esa con la que clavaba témpanos en las intenciones de Hades siempre que él hacía un amago de acercamiento, ya no sería para el rey un simple gesto de desdén. En esa altanería, él sabría identificar la fuerza con la que ella soportaba las jornadas en el inframundo y aprendía, mediante la atenta observación de su entorno y el desarrollo de los acontecimientos, cómo llegar a ser la mejor reina de la muerte que las almas errantes pudieran desear.

4

El amor yermo

Con la espalda apoyada contra el tronco del álamo blanco, el árbol que marcaba la ubicación del manantial de la memoria, la reina de los muertos levantó una mano con delicado gesto para bajar de nuevo el velo que cubría su rostro. Hécate observó, con impotencia, que la melancolía de su reina volvía a ensombrecer, junto a la fina tela, las facciones de su bello semblante. A la par que su cuerpo, se estremecieron las trémulas hojas del árbol, casi níveas por la claridad de su color. Hécate presintió en el gesto algo más que el escalofrío repentino de alguien que ha permanecido inmóvil durante largo rato.

—¿Cómo permites que te aflija todavía una situación que está resuelta a satisfacción de todas las partes? En cualquier conflicto, los contendientes ganan tanto como pierden. La negociación es la búsqueda del equilibrio. Habéis hallado vosotros un equilibrio del que soy garante y cada cual tiene que aceptar su pérdida para anotarse su ganancia.



—Mi congoja bebe de las aguas de otro amargo pozo. Soy reina de estos dominios, he demostrado mi inteligencia como regente, mi poder como esposa del rey de mirada torva no tiene parangón, pero nada de ello me es útil ni me faculta para que Hades sea capaz de sentir en su pecho lo mismo que yo, de comprender qué me agita. De esa insensibilidad da muestras de toda suerte. —Alzó la mirada a la diosa bruja, y ciertamente vio aquella que la atribulaba un sufrimiento distinto, profundo, en conflicto consigo mismo—. El mismo árbol que nos cobija confirma lo que digo. Este bello ejemplar de la naturaleza no solo marca la presencia del manantial de la memoria, sino que sus blancas hojas y su esbelto tronco serán un recuerdo eterno de una de las infidelidades de mi esposo.

En efecto, Hades había dado rienda suelta no solo a los caballos negros de su carruaje dorado, sino a sus deseos más encendidos. Cuando la señora de los muertos supo de la infidelidad de Hades no pudo contener, como digna heredera de Deméter, su furia vengativa contra Leuce. La ninfa, que ya había sido víctima de los irrefrenables instintos del señor del inframundo, fue objeto de la ira de su esposa. Perséfone la transformó en el álamo blanco de hojas plateadas situado junto al manantial de la memoria.

∞∞

No era Leuce la única mujer distinta a Perséfone que había sido blanco de la lascivia de Hades. La memoria tenía formas curiosas de recordar a la señora de los muertos la amargura de algunos episodios pasados. Entre las hierbas que crecían desperdigadas, en las cercanías del manantial en el que se encontraba Perséfone, asomaba tímidamente un tallo alargado cuyas hojas tenían un verde intenso y desprendían un delicioso y fresco aroma. La vieja Hécate no dudó un instante en arrancar un puñado de esas hojas y echárselo a la boca.

—Además del agua fresca y cristalina, no puede existir nada más refrescante que un bocado de esta hierba —comentó, ufana, al tiempo que tendía unas hojas a Perséfone, en forma de ofrecimiento.

—Aparta esa nauseabunda ofrenda de mi cara, Hécate.

—¿Acaso te trae malos recuerdos por el agua de cebada aromatizada con esta hierba que embriagó a tu madre, la sabia Deméter, mientras habitaba en el hogar de Céleo?

—Ojalá solo fuera eso, fiel compañera. Ese perfume, e incluso el intenso color verde de las hojas que lo desprenden, me lleva hasta el día aciago en que Hades volvió a tener la desfachatez de cubrir a otra mujer que no era yo.

Como si tuviera en su entrepierna la mismísima fuente del río Flegetonte y el fuego le corriera por las venas, en una de sus puntuales incursiones al mundo de los vivos Hades se había encaprichado de Menta. No fue casual, pues, que la hermosa ninfa hija del río Cocito, el humo infernal, fuera otra de las jóvenes de las que se encaprichó el rey del inframundo. Este río del país de la muerte, alimentado por las lágrimas de los ladrones, protegió cuanto pudo a su hija, pero el rey inefable logró su propósito a pesar del celo defensor del padre. También la bella Menta fue montada por Hades hasta que este apagó su sed lasciva, como si la violación pudiera extinguir el fuego que lo consumía por dentro.

Perséfone, a quien no se le escapaba ningún acontecimiento de todos cuantos tenían lugar en su funesto reino,

supo que la perfumada Menta había yacido con su esposo y, sin dudarlo un segundo ni dar a la ninfa ocasión de explicar que la auténtica víctima era ella, la metamorfoseó en planta. Desde aquel nefasto día, la verde y aromática Menta recordaría a la reina el asco que la revolvió por dentro cuando imaginó la traición de Hades.

La oleada de frescura que aportaba la fragancia de esa hierba al inframundo era proporcional al tormentoso desprecio de Perséfone hacia Hades, un sentimiento que crecía sin freno con cada acto de traición del rey. Ese rechazo se traducía también en distanciamiento, pues la reina entendía que Hades no solo la despreciaba como amante, sino que se burlaba tácitamente de ella al correr a los brazos de otras mujeres de condición muy inferior a la suya: simples ninfas caprichosas y seguramente provocadoras. La reina buscaba, desesperada, algún modo de soportar tamaña humillación. Habitaba en un mundo despreciable, raptada por un ser abominable y, para colmo de males, se veía relegada al olvido más deshonroso.

◊◊◊

Perséfone parecía incansable en su recorrido por los dominios del final de la vida. Su paso era firme y decidido, aunque Hécate sabía bien que la dirección de sus pasos era tan incierta como el momento en que finalizaría su deambular. Vagando por su territorio, la reina empezaba a mimetizarse con las almas recién llegadas a la primera región del inframundo, los campos Asfódelos.

Esos campos no eran un lugar tenebroso, aunque sí regado por el desconsuelo. De ese suelo áspero solo brotaban las flores que le daban nombre, plantas resistentes, de grueso ta-

llo y elevada estatura, con un tono casi incoloro. En aquella triste región, las almas de los muertos —imágenes de lo que fueron los vivos— vagaban entre piedras y una eterna luz crepuscular. Esa parte del inframundo era la más clara representación de lo gris, lo oscuro, lo seco y lo estéril.

Allí fue, entre rocas plúmbeas y pétalos casi traslúcidos, donde Perséfone se detuvo una vez más.

—La infertilidad de este suelo planta en mi corazón una punzante zarza de espinos.

—¿Qué lastima tu pecho? —dijo Hécate con voz suave.

—A pesar de sus escarceos, a pesar de la lascivia que llevó al rey de los muertos a sentir cómo bullía la vida en lo más íntimo de su ser, finalmente ha resultado que el fruto de sus pasiones, el producto de sus ardores, la simiente líquida de sus entrañas es tan estéril como esta tierra yerma. Yo, que doy vida, que soy potencia activa del renacer de la naturaleza, que llevo en lo más profundo de mi ser el origen de todas las semillas, estoy condenada a no portar jamás en mi vientre el fruto de mi esposo.

Hécate la contemplaba con mirada comprensiva. Bien sabía que, aunque la reina se lamentaba de la imposibilidad de tener descendencia con el rey, sobrevolaba sobre ellos la sospecha constante de que este sí había fecundado a otras amantes, una duda que hacía más dolorosa la infertilidad de la relación. Viendo que a Perséfone empezaban a anegársele los ojos en lágrimas, la bruja se enterneció de nuevo.

—Admirada reina, no desperdicies ni una sola gota más de tus líquidas emociones. Es cierto, Hades ha derrochado su simiente con otras mujeres y jamás ha plantado en tu ser más que desprecio y nostalgia. No eres madre con tu mari-

do, no has mecido entre tus brazos a ningún heredero del invisible, pero no importa, porque tú tienes más fortuna que cualquier mujer con la posibilidad de ser madre. —Aunque confusa, Perséfone dejó de sollozar al oír esas palabras. La única lágrima derramada hasta entonces había cristalizado ya sobre su mejilla, lo que daba a su piel un brillo diamantino—. Tus dominios se extienden más allá de cualquier territorio imaginable. Tu poder es mucho más perdurable que la fuerza que oponen los vivos al inapelable viaje que lleva hasta tu reinado soberano. Si la maternidad busca la prolongación propia, la transmisión constante, la eternidad por otros medios, tú eres ya poseedora de ese don a través de la infinitud de la muerte. Las madres sufren, padecen el abandono y hasta la traición de los seres a los que han dado vida. Pero la muerte jamás te fallará, jamás te decepcionará con su resultado: mientras haya existencia habrá caducidad. Y tú estarás cómodamente arrellanada en tu sitial recibiendo la imparable llegada de súbditos a tu reino. Jamás podrías alcanzar a alumbrar un número de hijos ni tan siquiera aproximado a la miríada de muertos que te deberán el gobierno de sus días en el inframundo. Tu reino será perpetuo e indestructible, porque es la última morada, y más allá de él, solo queda la nada que palpita al fondo del Tártaro, oprimida bajo el peso del cosmos entero.

La reina de lo oscuro atendía a las palabras de Hécate con la mirada fija en uno de los asfódelos: incoloro, triste, sin vida. Pero de pronto alzó un poco más la cabeza y pudo contemplar la infinitud del yermo campo. Esa lúgubre alfombra no tenía límite para la visión; entonces entendió cuál era su auténtica fortuna. Hécate estaba en lo cierto, no

podía haber ninguna mujer más poderosa que ella, pues su condición de reina del inframundo le otorgaba el gobierno perenne de lo único que seguiría existiendo siempre.

Perséfone esbozó una tímida sonrisa, mezcla de conformidad y epifanía. La vieja hechicera percibió esa compleja combinación de emociones y el alivio la recorrió como la última ola que lame la orilla de la playa tras una terrible tormenta. Había acompañado a la reina durante todo su recorrido con la intención de vigilar sus pasos pero también de amortiguar su congoja y proporcionarle motivos reales para que supiera apreciar los valiosos tesoros que se hallaban ocultos bajo su aciago destino.

No solo vio que su reina empezaba a sentirse más animada, sino que la misma Perséfone deseó, de súbito, estar sola para poder pensar en silencio y con privacidad sobre esa visión renovada de su condición de regente de los muertos. Así pues, diosa y hechicera, ya dispuestas a separarse, se fundieron en un cálido abrazo de despedida sin mediar palabra. Ambas eran mujeres poderosas, ambas habían sido testigos de múltiples padecimientos, pero tanto una como la otra, la joven reina y la vieja diosa, sacarían fuerzas de la energía que irradiaba su poder para seguir su camino.

◇◇◇

Una vez en soledad, Perséfone consideró que no podía haber un lugar más apropiado para reunirse consigo misma que el bosque del inframundo llamado como ella. La arboleda de esbeltos álamos negros y sauces que parecían llorar desconsolados proporcionaría a la reina un refugio de los gemidos, quejidos y lamentos del inframundo. Para llegar

hasta allí debería cruzar la Estigia, navegar en el esquife del viejo Caronte, al que tenía acceso libre siempre que así lo deseara. Ella no había de pagar ningún óbolo al tenebroso barquero, no debía pedir siquiera permiso para subir a bordo de su embarcación.

Se encaminaba hacia la ribera cuando retumbó en sus oídos un potente ladrido en el cual se distinguían tres aullidos distintos. El guardián que impedía la salida de cualquier ser que habitara el inframundo poseía un olfato triplemente agudizado. Las tres cabezas del monstruo olisquearon el aire y adivinaron, al unísono, que la persona que se acercaba no era otra que su reina.

Perséfone tendió una mano con la palma vuelta hacia arriba para que los tres hocicos pudieran olfatearla, aunque el gesto era innecesario, pues el imponente perro guardián ya había cambiado su triple ladrido por un gemido nervioso de alegría e impaciencia. La reina dedicó un momento a acariciar el gigantesco lomo del can Cerbero y no dudó en felicitarlo por su celo estricto a la hora de cumplir su cometido de vigilante del acceso al inframundo.

Reemprendiendo el camino, la reina se acercó al embarcadero donde aguardaba el esquife de Caronte. Con el rostro velado, su larga túnica y su sobrecogedora firmeza al caminar, irradiaba vigor y temple mientras iba abriéndose paso entre las patéticas almas de los que, en ese momento, ponían pie a tierra saltando desde la nave del viejo barquero. En gran número se iban amontonando allí, dando pasos confusos, los seres desprovistos de corporeidad, en cuyas miradas torvas se adivinaba incertidumbre, incredulidad y un intenso temor a lo desconocido. Aunque Perséfone era capaz de reconocer

que ella misma había sentido esa perplejidad cuando fue llevada a la fuerza al inframundo, se esforzó por aparentar altivez. Era la reina de todos aquellos desgraciados; no podía permitir que intuyeran sus aflicciones.

Al verla, Caronte enterró la pértiga en la blanda piel fangosa del lecho del río para inmovilizar la nave. Su pavoroso aspecto provocaba un miedo reverencial, pánico incluso, en sus viajeros recién llegados al inframundo.

—Viejo barquero, llévame a la otra orilla y no te entretengas —le ordenó su reina no bien hubo subido a la barca, mientras se situaba orgullosamente de pie en la proa.

—Como mandes, mi reina.

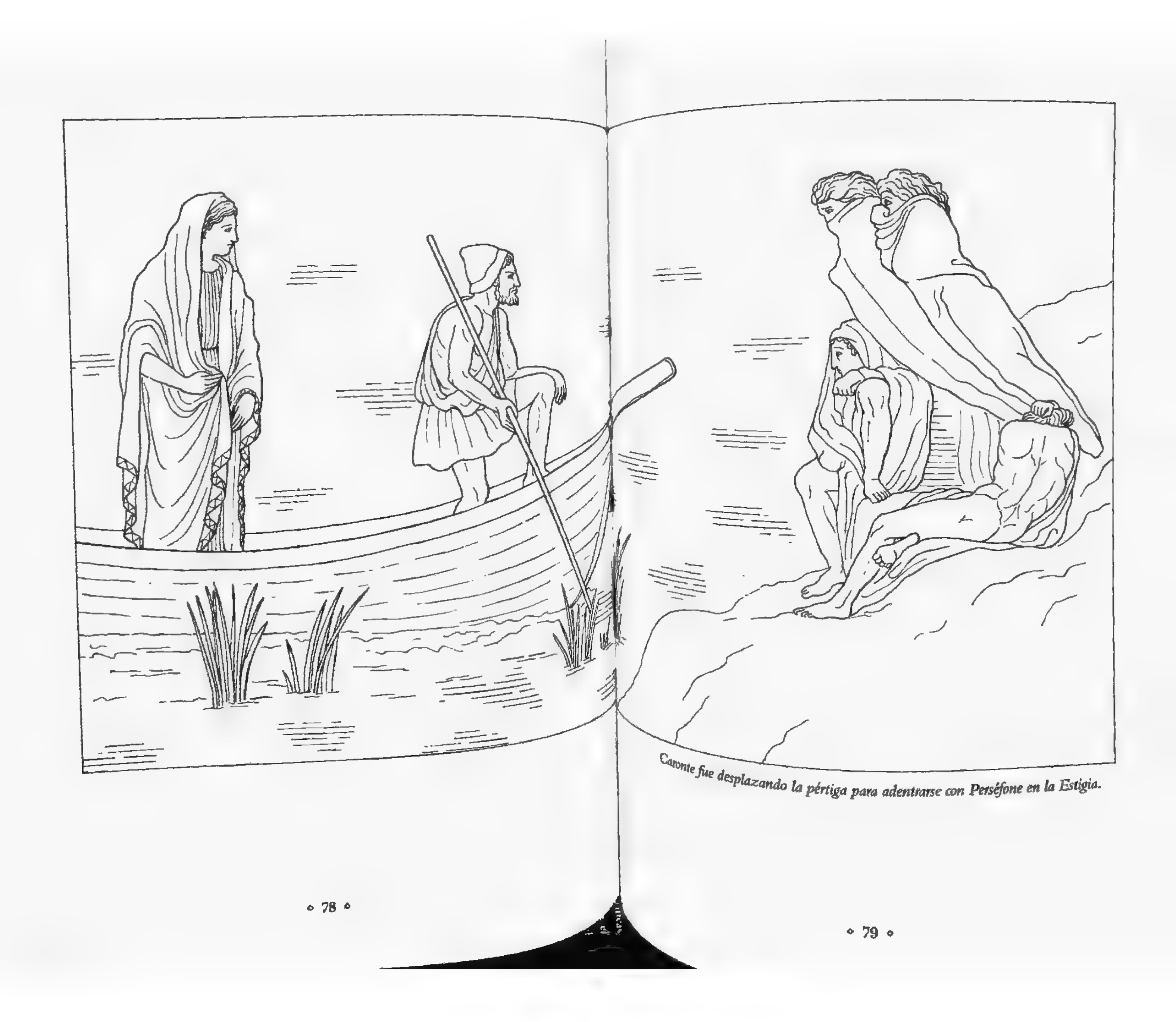
El barquero separó el esquife de la orilla ante la mirada aterrorizada de las sombras que acababa de desembarcar, que vieron cómo se alejaba entre la bruma que se alzaba de las aguas pestilentes, espesas y burbujeantes de la laguna. Lentamente fue desplazando Caronte la pértiga para adentrarse en la Estigia.

—¿Permanecerás callado durante toda la travesía? —preguntó, provocativa, Perséfone.

—Solo si así lo deseas, implacable señora —respondió Caronte con actitud servil.

—Deberías adivinar tú solo mis deseos. Por lo visto, no fallas nunca al decidir por los demás el destino de su travesía final. ¿No eres tú el que determina quién ha de entrar en nuestro reino y quién quedará vagando para siempre, perdido en la orilla, sin poder avanzar ni regresar al mundo de los vivos?

—Cumplo con la tarea que me ha sido encomendada por los poderes que han dado orden al mundo, que son fuerzas superiores a mí.



Caronte fue desplazando la pértiga para adentrarse con Perséfone en la Estigia.

Perséfone se volvió hacia él.

—Dime, viejo, ¿qué ves en los ojos de los viajeros que llevas en tu esquife? Los maltratas con tus desprecios e insultos. Bien conozco tu forma despectiva de invitarlos a embarcar, a pesar de haber recibido el pago del óbolo exigido.

—Implacable reina de la muerte, lo que yo pueda ver en las cuencas sin vida de mi pasaje es algo que tú ya conoces, que tú puedes intuir y que has visto en numerosas ocasiones con tu privilegiada percepción.

La respuesta, aunque esquiva, complació a la reina. Una sonrisa se perfilaba con trazo delicado en su rostro cuando la visión de un grupo de muertos recientes la borró de un plumazo. Los cuerpos retorciéndose en la orilla a la que se aproximaban, gimoteando con los brazos alargados hacia la barca y el movimiento desorientado de quienes parecían demasiado atónitos para asimilar el lugar en que se encontraban y su condición de no vivos eran la prueba descarnada de la bajeza de su reinado.

La nave seguía su curso imparable hacia aquella visión que le causaba disgusto y la reina no deseaba más que desembarcar, tocar tierra y salir huyendo de las horrendas riberas donde el lamento y el patetismo lo permeaban todo. También Caronte ansiaba que Perséfone abandonara su esquife y dejara de imprecarlo con más preguntas incómodas. Disimulando su impaciencia, apoyó la pértiga en el lecho de la laguna, arrimó la barca e invitó a la reina a descender, tendiéndole la mano para ayudarla a desembarcar.

Ella no aceptó el ofrecimiento. Lanzándole una mirada desdeñosa, dijo:

—No eres tú el que decide si mi destino está aquí.

Nada respondió el barquero, consciente de que era lo adecuado ante su señora. Sencillamente, apartó la mano e inclinó la cabeza en gesto de respeto. Perséfone desembarcó entonces. Reina y súbdito se alegraron de la separación de sus caminos. ¡Qué despreciable imagen la del sombrío navegante!, pensaba ella mientras avanzaba con paso firme, disimulando su malestar, entre los recién llegados al inframundo. La presencia de los muertos le provocaba repulsión. Al ver que uno de ellos hacía el amago de agarrar una punta de su túnica, sintió además una tristeza infinita. «Pobre desgraciado —se dijo—. Todavía no es consciente de su falta de corporeidad.»

Por fin dejó atrás la patética ribera de la Estigia y divisó los primeros árboles del bosque que llevaba su nombre. Entre las copas de follaje ceniciento asomaba un pequeño montículo. Una vez en lo alto, la reina se dejó abrumar por la inmensidad de sus dominios. Cómo no hacerlo ante la vista desde allí, que lo abarcaba todo: el vergel de los campos Elíseos, a lo lejos, cuyo rumor de vida llegaba incluso hasta el bosque de Perséfone; el murmullo inmemorial de las aguas del Leteo; más allá, la imponente presencia del palacio de Hades; la planicie del Juicio, donde se encontraban los sitiales de los tres jueces del inframundo; el angustioso valle del Lamento; el yermo campos Asfódelos. Por fin, la reina fijó su mirada en la laguna Estigia, adonde desembocaba la cuenca del Aqueronte, el lugar desde el cual acababa de llegar.

Se había convertido en habitante del inframundo como víctima de un rapto. No le había llegado la hora final, no había cometido delito alguno y su única falta había sido poseer una belleza tal que fue codiciada por un dios olímpico.

Era innegable lo injusto de su viaje y el fracaso de su resultado, puesto que el afecto estaba tan presente en su relación con Hades como la vida en un muerto, esa era la verdad. El rey invisible jamás la haría madre: el fruto de su unión no profesaría a Perséfone el amor inocente que le negaba su esposo. Todo aquello era cierto, imborrable, permanente. Sin embargo, constituía un ridículo precio a cambio del magnífico poder que le había sido conferido. Por fin lo había comprendido.

Había vivido tan sumida en la nostalgia a causa de la separación de su madre, tan desapegada de su estancia en aquel mundo por el deseo angustioso y constante de volver al otro que no había reparado en el poder que concentraba en sus manos, en los derechos que poseía, en que su capacidad para obrar tan solo como ella considerase justo y necesario estaba solo por debajo de la del mismísimo soberano celeste, Zeus omnipotente.

Sería por siempre la joven hermosa raptada por el abominable señor de la muerte, pero solo si ella decidía que esa fuera su condición. El recuerdo de ese instante podía ser una tragedia permanente o la primera chispa de un fuego inextinguible. El vigor de esa idea encendió toda la potencia interna de Perséfone. Con gran ceremonia, como si el universo entero la estuviera contemplando en su grandeza infinita, la reina levantó el velo que cubría su rostro y proyectó su mirada sobre la inmensidad de su territorio. Separó los brazos como un ave magnífica que extendiera las alas, y dijo:

—Pobres almas que llegáis hasta aquí sin poder alguno para evitarlo, rendíos ante la incomparable magnificencia de vuestra soberana, porque ella reinará en vuestra eternidad.

Con ese gesto imperioso, la reina de los muertos trazaba la primera línea de un dominio cuya satisfacción no volvería a estar jamás en manos del sentir de Hades. Perséfone era y sería, ya para siempre, la regente por derecho propio de todos y cada uno de los seres que poblaban la Tierra y acabarían, a pesar de no desearlo, poblando sus entrañas.

5

Los reyes de la noche eterna

Desde la dulce atmósfera casi empalagosa de los Elíseos, Hades siguió el rumbo marcado por sus reflexiones. Entre los frutales y las flores del vergel del inframundo, había empezado a brotar en él una renovada visión de Perséfone. Con la reina en el centro de sus pensamientos, encaminó sus pasos hasta el bosque que llevaba el nombre de su bella esposa. Al cobijo de los álamos negros, bañado por el frescor de su sombra y alejado de los fuegos fatuos de las riberas del Flegetonte, el invisible lograría alcanzar el pináculo de sus cavilaciones.

A lo lejos divisó la cima redondeada de un promontorio que asomaba entre los árboles del bosque de Perséfone. Ese era el lugar perfecto: una atalaya de la naturaleza, magnífica y fruto de la Madre Tierra, como su propia esposa. El dios no tardó en subir la colina y se felicitó por dar con un espacio apartado y silencioso en un mundo tan plagado de monstruos, fantasmas, lamentos y almas en pena.

Desde lo alto gozaba de una visión incomparable de su reino. Allá, en lontananza, se alzaba el palacio negro e imponente, con su explanada, su escalinata digna de la ciudadela celeste, sus columnas erectas y su velo eterno de vaporosa humareda. El negro de la adusta piedra palaciega destacaba gracias a un telón de fondo inigualable: el verdor de los campos Elíseos. Con su ciclo constante de cánticos y danzas, de armonía y cordialidad entre sus habitantes, allí se hallaban todos los héroes y seres humanos sin tacha.

La distancia era demasiada para que los sonidos llegaran hasta la cumbre elevada, y Hades no sabía si lo imaginaba o era realidad, pero el murmullo de las aguas del Mnemósine y la quietud del desmemoriado Leteo penetraron en su ser y lo revistieron de serenidad. Se creía solo cuando, de pronto, advirtió de soslayo un movimiento fugaz y bramó:

—¿Quién anda ahí? Responde de inmediato y luego márchate. El soberano de estos dominios quiere estar solo.

Perséfone oyó la voz cavernosa de su esposo y se sonrió interiormente por la coincidencia de su encuentro. Por lo visto, el temible Hades, tan desapegado y distante, tan seguro de sí mismo, también precisaba de momentos de reflexión. La reina, resignada a su reencuentro con él, se agachó y recogió algo que había dejado envuelto en un fino pañuelo de hilo blanco y depositado sobre una piedra de superficie plana. Cerró el puño y respondió:

—Soy yo, la reina de los muertos, quien anda por estos mismos pagos.

—No te suponía tan alejada de palacio —dijo el rey, sorprendido de que su esposa hubiera abandonado tan aventuradamente su paradero más habitual.

No sentía la implacable hija de Deméter ningunas ganas de compartir reflexiones con su esposo. Al ánimo firme e independiente que bullía en su interior le aborrecía la idea de relatarle su jornada, llena de dudas y vulnerabilidades, hasta haber llegado a la conclusión de su poder absoluto. Apretó con fuerza el pañuelo de hilo y respondió con otra pregunta:

—¿Qué haces tú en mi bosque?

Hades, sorprendido ante el tono desafiante de su esposa, permaneció en silencio por un instante. Al ser puesto en cuestión de forma tan directa, su primer impulso fue el de reprender a Perséfone. Sin embargo, se dio cuenta de que no era capaz. Le dominaba una emoción desconocida: la admiración por el ser poderoso que nacía en ella.

—He sentido la necesidad de acudir a tu bosque y ascender a este altozano para abarcar mis dominios en su conjunto con la vista.

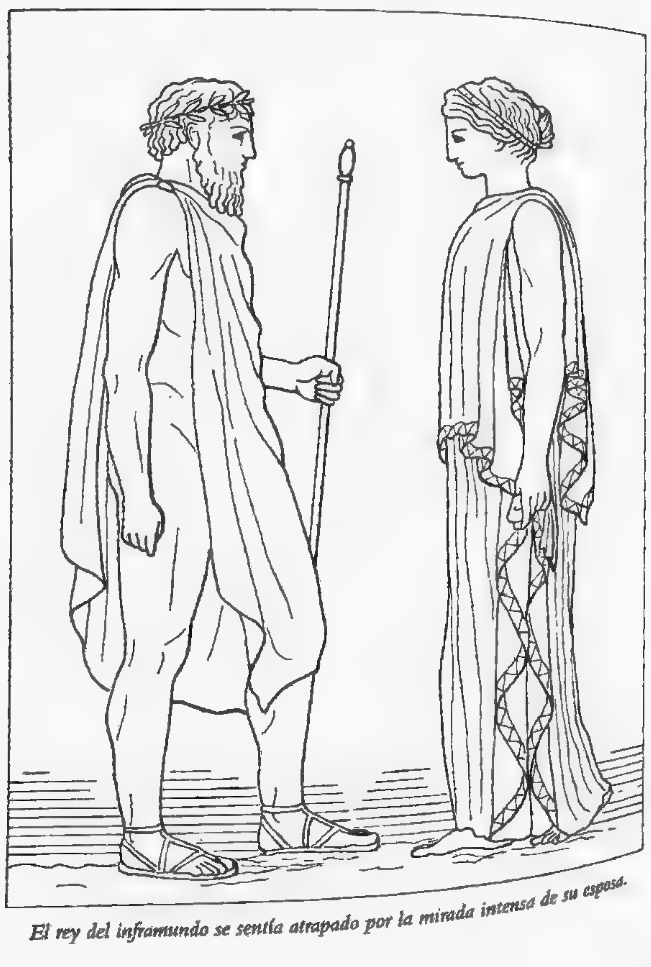
Ella se acercó a él, mirándolo a los negros ojos, que veía titubear de un modo desconocido.

—¿Qué necesitas observar desde aquí arriba que no puedas ver desde tu sitial en virtud de tus poderes inmensos? Eres un olímpico, creador de orden junto a tus hermanos, garante del devenir armónico del universo. Sabes y conoces, manipulas a voluntad sin necesidad de movimiento alguno.

Hades se sentía atrapado por la mirada intensa de su esposa.

—Amada Perséfone, hay muchas cosas que un rey no ve hasta que la visión más acertada de otro se las descubre.

De pronto, la reina se sintió impaciente. Tanto quería evitar mostrar lo que albergaba en su pecho como provocar que su esposo confesara su parte. Sin embargo, parecía que no lograba ni una cosa ni la otra. Temiendo perder el control



El rey del inframundo se sentía atrapado por la mirada intensa de su esposa.

y ponerse en posición vulnerable, ansió de modo repentino volver a estar sola.

—Regreso a palacio. Tareas pendientes me aguardan —dijo ella, haciendo ademán de volverse para iniciar el regreso.

Hades la detuvo, hablando con voz vacilante.

—Quédate conmigo. Contemplemos juntos este paisaje.

Al oír tales palabras, con las cuales le imploraba el rey de la muerte, se sintió ella finalmente investida por completo del poder que acababa de descubrir, de su inmensa superioridad. Entonces, plantando los pies en el suelo como las raíces de un árbol de edad infinita, levantó el puño con el que envolvía el pañuelo y lanzó su desafío:

—Desde el día aciago en que me hiciste tuya robándome de los brazos tiernos de mi madre, he ido y venido de las entrañas de Gea a la existencia en la superficie, como quien va y viene de la vida a la muerte en un eterno ciclo de extinción y renacimiento. Todos piden mi aquiescencia, la aceptación de una situación que dicen privilegiada, pero ¿acaso ha consultado alguien jamás mi parecer?

Al ver su reacción, lamentó Hades no haber sido capaz de actuar antes para aliviar el rencor que se depositaba como una semilla madura en el corazón de su reina. El soberano oscuro estaba desconcertado: se debatía entre la necesidad de mostrar su corazón a su esposa y el miedo a desnudarse en exceso, a aparecer demasiado vulnerable ante ella, pues veía que el resultado abría la puerta a que se desbordase su enojo. La ignorancia no era digna de un rey.

—Habla libremente, Perséfone —dijo, fingiéndose movido por la magnanimidad, pero evitando ser él quien se pronunciase—. Te escucho.

—Rey implacable, bien sabes que he ejercido mi poder con justicia, magnanimidad y clemencia. He escuchado las súplicas de algunos vivos, como Orfeo, que osaron viajar al mundo de la muerte con intenciones prácticamente irrealizables. Me apiadé de más de un truhan, como Teseo, que tuvo la desfachatez de intentar burlar lo inviolable de la inexistencia eterna con intenciones oscuras. He reinado armonizando la comprensión y el perdón en su justa medida, con firmeza y atención a las sagradas normas de los dioses. Ahora bien, ¿qué he ganado con ello?

Hades debía admitir que todo lo dicho era cierto y estaba en su ánimo celebrarlo.

—Admirada Perséfone, es mi obligación reconocer en ti a la digna consorte del rey de los muertos. Tu belleza me enloqueció hasta el punto de no ser capaz de contener el deseo de arrancarte de tu mundo para trasladarte al mío. Has luchado, resistido y vencido en lo que estaba en tu mano, pero también has perdido ante poderes que son imbatibles. Como fuere, ha sido justamente recorrer ese camino lo que te ha dado las capacidades necesarias para regir entre seres que no desean habitar este territorio.

A Perséfone le complació el reconocimiento de su esposo, pero no por ello se aplacó su necesidad de reafirmación tan largamente larvada durante su tiempo de tristeza sin fondo.

—No eres capaz de hacer consideraciones sobre mi regencia sin hablar de mi belleza. Tus palabras tienen la consistencia del aire de los seres arruinados que ya no volverán a respirar. Tanto tiempo es el que llevas encerrado en este rincón aislado y oscuro, tanto te ocultas al mundo que las cosas del mundo se han vuelto invisibles también para ti.

Has reflexionado y reflexionado sin llegar a la conclusión esencial: dónde está el corazón de mi poder como reina consorte de este dominio de la creación, cuál es la fuente de mi potencia. —Hades la observaba atónito por su osadía y al mismo tiempo, ansioso por llegar al fondo de lo que quería transmitirle—. Mi grandeza inmortal reside en que no solo se respeta mi voluntad entre los muertos, sino que poseo también el aprecio de los vivos. ¿Qué criatura del universo puede decir lo mismo?

La diosa era la fuerza que hacía emerger de la tierra todas las especies vegetales, señora de un saber que brotaba gracias al amor de los mortales por sus cultivos. Los hombres se entregaban ciegamente a los ritos confiados a los eleusinos por Deméter, como pago de la hospitalidad de Céleo, y transmitidos de padres a hijos para el florecimiento de la vida natural, elaborados actos que albergaban la esperanza de las buenas cosechas. Y, a pesar de los rigores del astro rey o de que el cielo no vertiese tanta agua como fuera necesaria para regar los campos, los humanos contaban con la benevolencia de Deméter y su buena hija Perséfone para que la Tierra no fuera solo morada de los vivos, sino la reserva inagotable de las semillas y de todo aquello que hacía crecer las cosas buenas. El poder del alimento proporcionado por el trigo, el fruto de los cultivos, era la fuerza que mantenía la muerte en su lejano aislamiento, separada de la vida. Por ello, Perséfone podía decir que su dominio se extendía mucho más allá del inframundo, pues también el soberano celeste necesitaba —para que su creación fuera posible— de su capacidad de hacer brotar la vida de unas simientes que se desarrollaban en las entrañas de Gea.

—Mi poder divino es inmarcesible en cuanto que es la regeneración constante, inconmensurable porque no abarca solo un reino, sino todos. Toda belleza, por deslumbrante que pueda ser, es una frivolidad en comparación con ello. Eso es lo que has de reconocer, invisible.

Hades se sintió azorado por no haber reparado antes en aquella certeza, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que no podía admitirlo ante su esposa. No era su intención competir con Perséfone, pero tampoco estaba en su ánimo dejarse reducir. Era el señor del tránsito final de los seres humanos, el rey de las profundidades de las que brotaban justamente esas semillas, árboles y frutos cuya dulzura y vitalidad domeñaba su esposa.

Tampoco él estaba ausente de la superficie de la Tierra. Muchos hombres y mujeres, en su anhelo de recibir consejo de los no vivos —pues entre ellos se contaban preclaros videntes—, sacrificaban reses por cuyas venas corría la sangre caliente que saciaría la sed de vida de los fantasmas. No eran pocos los mortales que invocaban la presencia del mismo Hades, aunque mucho lo temieran y no pronunciasen siquiera su nombre. Era dador no solo de las riquezas del grano y los demás cultivos mencionados por Perséfone, sino también de todas las riquezas minerales que tan imprescindibles les resultaban a los hombres para medrar sobre la faz de la tierra. Cierto era que los ritos que dedicaban los vivos a su imagen no eran tan hermosos, tan elaborados, tan elegantes como los juegos y misterios que organizaban para celebrar las bondades de Perséfone, pues, para su invocación se limitaban en ocasiones a golpear el suelo con una vara o a degollar alguna res de su ganado; ahora bien, esos gestos

y sacrificios eran igual de trascendentales y determinantes para la buena vida.

—No desprecies mi participación en el imparable ciclo de la existencia —dijo—. Así como se marchitan las plantas, como se secan algunos árboles y sus hojas ajadas caen al suelo y forman el mantillo del cual surgirá nueva vida renacida con más fuerza, también los hombres y las mujeres realizan el tránsito a las entrañas de la madre primordial, Gea, para dejar paso y espacio a los nuevos seres que reciben el legado de su existencia. Así es el orden natural que no hemos inventado nosotros y que no puede ser de otro modo. Un mundo donde todo permanece es un mundo inmóvil, y la inmovilidad es una suerte de decadencia que no admite regeneración, una suerte de desorden aunque aparente estar estructurado, una forma insidiosa de la nada. Así era el mundo que creó mi padre Crono y que superamos en terrible lucha contra los titanes, sus defensores, para que la creación siguiera adelante.

—No te quitaré la razón, pues no me cabe duda de la verdad de tus palabras. Pero creo superior la grandeza de la vida y la inocencia de los brotes y las yemas verdes que ven por primera vez el rostro del sol que la oscuridad, la impenetrabilidad de la muerte. No es posible comparar siquiera la luz con las tinieblas.

—No es mi pretensión compararlo, querida reina, sino hacerte ver que la existencia no es posible sin la inexistencia. Para que la luz resplandezca, la oscuridad debe contar con su palacio. Una y otra son en realidad lo mismo.

Perséfone se sentía confusa. Había querido poner en evidencia que el poderío de su esposo solo era aparente, pero

Hades había logrado hacerla dudar. Dejándose llevar por un momento de rabia, apretó tanto los puños que, sin pretenderlo, destruyó el valioso y delicado contenido del pañuelo de fino hilo que sujetaba. Lo supo porque lo sintió en sus ojos, que se velaron con una fina capa húmeda, preludio de un llanto irrefrenable.

Hades percibió el rubor tenue en las mejillas de su esposa y la inminencia de las lágrimas. Por su deseo de sentir que Perséfone compartía la grandeza del reinado que él le había entregado, confundió el tono rojizo de la tez de su reina y la humedad emotiva de su mirada con el arrobo y la conmoción que habían provocado en ella sus palabras.

Se acercó más a su esposa y se permitió tomarla de las manos. Con ese gesto la obligó, sin que ella lo advirtiera para impedirlo, a abrir los puños. Lo que Hades interpretó como la expresión de tensión contenida —toda la fuerza de la incomprensión de su esposa concentrada en sus puños— se reveló entonces como algo mucho más significativo. El temible alzó la palma de Perséfone, sosteniéndola a la altura de sus ojos, como si quisiera contemplar con detalle las vetas de un mineral precioso recién arrancado de las entrañas pétreas de Gea.

—Suéltame. —Ella intentó zafarse, pero fue inútil.

—¿Qué atesorabas en tu mano con tanto celo? —preguntó él, sin comprender lo que estaba viendo.

En la blanca mano de la regente, como si se encontraran expuestos sobre una fina capa de nieve, se mostraban los pétalos arrugados y perfumados de un narciso. El naranja oscurecido por el paso del tiempo destacaba no tanto por su color, sino por su misteriosa presencia sobre el pañuelo que cubría la mano de Perséfone.



—¡Rey de los muertos! —la reina perdió toda su compostura—. Has hecho que destruyera el único recuerdo de mi vida pasada, la memoria que me ayudaba a soportar mi estancia en estos dominios del horror.

La flor muerta que Perséfone había conservado en el pañuelo no era otra que el último narciso, singular e inigualable como la reina de la muerte, que ella misma había arrancado en su rapto. En el instante en que Gea desgarró su piel para permitir que el carro dorado del invisible penetrara en ella, la joven echó mano a la flor. Fue un acto instintivo, el de intentar aferrarse a la naturaleza viva.

Su esposo, tan implacable en otras ocasiones, fue capaz de entender el estallido de su reina. Recordó las palabras de Minos refiriéndose a Perséfone: «Su piel cerúlea, sus labios de color ceniza y la desolación reflejada en su mirada no son fruto de su perecimiento, sino de su muerte en vida». Y entonces comprendió cómo debía obrar.

La belleza que fue del narciso, ese naranja marchito y el perfume ya añejo que, no obstante, todavía conservaba, era espejo de la hermosura de la propia reina. ¿Cómo devolver la vitalidad a los dos? Si conseguía que Perséfone abrazase sin rencor su existencia a su lado con la convicción de que no era algo ajeno sino su propio destino, el brillo de su hermosura volvería a refulgir.

◇◇◇

—Perséfone, comprendo tu dolor —murmuró el dios.

—¿Cómo te atreves a insinuar siquiera que puedes sentir como yo siento la nostalgia, la añoranza, la desolación que

me desgarró el día en que me raptaste y que me ha de desgarrar cíclicamente cada vez que me arrebatas de los cálidos brazos de mi madre para ser enterrada en vida en estas profundidades oscuras?

—Lo entiendo mejor de lo que quieres aceptar. Yo mismo fui arrancado con violencia del seno de mi madre apenas unos instantes después de mi nacimiento. También pasé del calor de su pecho maternal a las repugnantes entrañas de mi padre cruel, Crono.

Perséfone empalideció, sorprendida, al recordarlo. Así era la historia, como bien sabían los eternos, por cuya acción se movía el mundo, y, sin duda, era una experiencia que la unía a Hades. Sin embargo, no por ello se sintió reconfortada.

—Jamás comprenderás mi suplicio ni podrás amainarlo. Aunque te arrepintieras y rogases mi indulgencia, lo cierto es que has forzado una situación que me obliga a la obediencia. Zeus dispuso la alternancia de mi permanencia entre vivos y muertos, y a nadie escapa cuáles son las consecuencias que provoca contrariar su voluntad.

Hades, efectivamente, no podía negar lo inamovible del trato que había sellado con su hermano, el acumulador de nubes. Zeus disponía y los demás acataban; de eso no cabía duda. Se daba cuenta el dios de que jamás por sumisión lograría que su esposa aceptase su destino, sino que tenía que conseguir que acariciase el cetro, símbolo de su poder real, con la misma ternura que acariciaría a su madre.

—Acompáñame solo un instante, esposa mía, te lo ruego —le dijo, ofreciéndole el brazo.

La reina de lo oscuro lo rechazó, aunque, al ver que se dirigía él hacia el borde del risco que formaba el promontorio,

cuya base pendía muy por encima del suelo del inframundo, fue detrás. Desde allí la vista era inigualable, abrumadora en su inmensidad. Envueltos entre las neblinas perennes, como si se hallaran entre las nubes de su particular bóveda celeste, el rey y la reina contemplaron en silencio los confines de sus dominios. De pronto se oyó el aullido lejano del can Cerbero, y ambos supieron que un nuevo habitante había accedido a la que sería su morada eterna. Al sonido bestial siguió una sinfonía distorsionada de lamentos, gemidos, gritos y sollozos. También ambos supieron que era la música inevitable interpretada por sus súbditos, quienes daban sentido a su propia muerte convirtiéndose en habitantes de un reino eterno. Los mortales, al fin y al cabo, eran seres cándidos que olvidaban su condición perecedera y llegaban allí atribulados, sin comprender. Hades y Perséfone, inmortales ambos, tenían presente que la existencia era una travesía que había de recalar siempre en las orillas de su inframundo.

Perséfone sintió de nuevo la infinitud de su poder sobre los muertos. Todo cuanto estaba experimentando, incluso el tenebroso acompañamiento sonoro, no solo estaba a su disposición, sino que dependía de su presencia. ¿Cómo negar que si la creación era armónica, un conjunto en el cual todos y todo tenían un cometido, era también porque en ella la muerte era ineludible? Pues bien, aquella parte del cosmos era su casa inviolable y tenía ella la llave en su mano. Esa mano que había mantenido cerrada en un puño, con la que ella misma había pulverizado, de pura impotencia, el narciso que tanto había atesorado, recibió todo el flujo de la sangre divina —el icor— por donde viajaba su potencia sempiterna. Y se abrió y se alargó hacia Hades, como la hie-

dra que repta para enroscarse en otras plantas, consume el agua que estas necesitan y acaba asfixiándolas.

El rey, conmocionado por el gesto en apariencia conciliador de su esposa, se entregó sin dudarlo al tacto de sus dedos. Buscó con la mirada a Perséfone, pues no acababa de creer que, tras su erupción de desprecio, quisiera tomarlo de la mano en un momento tan sobrecogedor como era la contemplación de su territorio. Una nueva sorpresa lo recorrió cuando ella dio un paso adelante para colocarse a su misma altura: ambos juntos con todo el reino a sus pies. No obstante, la intención de la implacable Perséfone distaba mucho de expresar el afecto que una esposa siente por su esposo. Pretendía escenificar sin dejar lugar a dudas el equilibro absoluto de sus poderes. Ella accedía a vivir gran parte del año en el inframundo, no por amor, ni a la muerte ni a su rey, sino porque, de los dos magníficos poderes que detentaba, el poder que tenía en esas tierras oscuras era muy superior al poder del que gozaría jamás entre los vivos, a pesar del aprecio que estos le profesaban.

No volvería a perder el tiempo arrastrándose, nostálgica, entre lamentos y sollozos ajenos. Recolectaría toda la potencia de su desprecio hacia Hades, su captor, y la transformaría en fuerza de decisión, en mayor determinación, si cabía, a la hora de ejercer su poder sobre el destino ineludible de los patéticos fantasmas. La pura excitación conferida por esos sueños realizables de dominio la llevó a apretujar con más fuerza la mano de Hades. El rey, turbado al interpretar la intensidad del gesto como pasión por él, soltó a la reina y se alejó a toda prisa sin explicación aparente, escondiendo la mirada.

Atónita quedó ella al borde del precipicio, sin saber de qué modo interpretar la huida. ¿No había estado deseando

ardientemente el invisible durante largo tiempo que el poder de la antorcha y el cetro llegaran a plantarse en el corazón de su reina? ¿Le habría disgustado la cercanía del tacto amigable al intuir que no se trataba de un gesto pasional, sino de una confirmación de su paridad como gobernantes de los muertos? ¿Acaso se negaba a compartir su gobierno en justo equilibrio con ella?

De pronto cantó el autillo. El calor que desprendían las fogosas aguas de los ríos del inframundo y la oscuridad persistente que lo envolvía provocaban que el pequeño búho emitiera su canto con una intensidad tal que ascendía hasta esa misma cumbre. Pues, en la Tierra, el autillo cantaba durante las abrasadoras noches de verano.

El ulular aflautado del ave, cómo no, hizo que la reina recordase a Ascálafo, el fiel jardinero de su esposo que la delató ante el mismísimo Zeus. Era él, en realidad, el auténtico responsable de su condición actual. Y, aunque jamás habría imaginado sentir otra cosa distinta al desprecio hacia su delator, en ese instante, ante la visión imponente de su mundo, saboreando la intensidad que preñaba cada orden dada y las que estuvieran por dar, el gesto de Ascálafo se le antojó incluso un regalo. Los dulces granos de granada que comió y que fueron los que la condenaron a permanecer en el inframundo, súbitamente, regresaron a su lengua. La evocación de su dulzura, fresca y frutal, trasladó a la reina a ese momento pasado y cambió por completo su manera de interpretarlo.

Dejó de ser aciago en su mente el instante en que la decisión de saciar su hambre la destinó a permanecer viva entre los muertos. La memoria de ese bocado convirtió el que

había sido amargo jugo en el dulce líquido de la satisfacción. Perséfone salivó de sed. Sed de poder. La emoción de ser consciente de su trascendencia le humedeció los ojos. Cuando la panorámica infinita del inframundo empezaba a nublarse por efecto de las lágrimas a punto de brotar, reapareció Hades portando algo en su mano. La reina intentó contener el llanto, pues quería conservar su porte inquebrantable ante su esposo. Sin embargo, el monarca invisible, sin mediar palabra, la tomó de una mano y la situó frente a él. Entonces, mirándola fijamente, le dijo:

—Soberana del silencioso mundo de los muertos, si en verdad estás aquí en contra de tu voluntad y por ello has decidido despreciarme el resto de tus días, estoy dispuesto a aceptar tu desdén, pero no sin pedirte antes algo a cambio. —Perséfone se estremeció ante la posibilidad de que Hades pudiera exigirle algo irrealizable. No obstante, era tal su desconcierto que no supo qué decir—. Te pido, admirada reina, que camines en pos de una nueva ilusión, aunque el destino de ese viaje no sea el afecto por tu esposo. Ojalá no te hubiera privado de los días que no puedo devolverte junto a tu madre, pero soy muy capaz de compensarte con creces por todo el sufrimiento que has padecido.

La reina sintió cómo su cuerpo flotaba arrastrado por una marea arrolladora: jamás hubiera creído que vería aquel momento, el momento en que Hades admitía su delito, los errores que había cometido con ella, y lo hacía verdaderamente afligido, con convicción. Hasta entonces había ella mantenido la compostura aferrándose con todas sus fuerzas al desprecio y la sed de venganza, pero, en ese instante, ante la confesión directa de Hades, se desmoronaron los cimientos de su odio,

tan sólidamente construido. Prosiguió Hades, envalentonado por el brillo que centelleaba en la mirada de su esposa.

—Pongo ante ti, esta vez con la ceremonia debida, la extensión completa de nuestro reino. Dejo en tus manos no solo las decisiones que consideres oportunas, sino aquellas a las que yo no alcance y que tú seas capaz de dilucidar en virtud de tu privilegiada visión, imbuida de la vitalidad y la energía que traes contigo del mundo de los vivos. Sí, tal como te he dicho, este mundo completa a aquel y no es posible el uno sin el otro, justo es, asombrosa Perséfone, que ocupes tu sitial junto al mío en plena igualdad de condiciones y que compartamos el gobierno de un reino tan inevitable como el ciclo imparable de renacimiento y extinción que es en sí la misma naturaleza. Sumemos nuestra capacidad y conocimiento, pues los dos juntos somos los mayores en la vida y la muerte. Gracias a ello forjaremos un reinado tan sólido e inviolable como las puertas del Tártaro. No habrá forja ciclópea capaz de emular la resistencia de nuestro mandato. ¿Aceptas mi propuesta, reina de todo lo eterno?

Perséfone se sentía conmocionada, y aunque la oscuridad del inframundo imperaba por doquier, la luminosidad de esa nueva promesa encendió en ella una llama que le parecía tan intensa como el sol. De sus ojos brotaron lágrimas, esta vez sí, llenas de esperanza.

—He aquí la reina que este mundo de sombras necesita. Que no te confundan mis lágrimas. Son el agua salada con la que empaparé, si hace falta, la herida abierta de aquel que ose desafiar nuestro poder conjunto.

El rey de los muertos levantó la otra mano y depositó lo que portaba en ella en la palma abierta de su esposa. Perséfone

no pudo ver de qué se trataba, pues él cerró su puño y lo posó sobre su pecho. El tacto frío y terso del objeto la obligó a contemplarlo directamente. Al abrir la mano encontró sobre ella una hermosa gema irisada.

—Esposa y compañera de gobierno, esa es la piedra preciosa con la que, juntos, Zeus omnipotente, el temible Poseidón y yo, los más poderosos olímpicos, decidimos el destino que me ha llevado a compartir el poder supremo contigo. Quiero que sea tuya a partir de ahora, como es tuyo mi gobierno intachable y nuestra eternidad como esposos.

Perséfone dejó libre el camino a las lágrimas emocionadas, devolvió la gema a su pecho y viajó con la mirada hasta los confines de su prometedor futuro como reina. Entonces entendió que no había tal futuro, ni pasado, ni presente; entendió que en el inframundo el tiempo estaba en sus manos, pues era flexible y caótico. El tiempo no se medía, pero su rey y ella imponían en sus dominios la medida de todas las cosas. Y así sería por toda la eternidad. Hades y Perséfone: ellos siempre serían los reyes de la noche eterna.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

El mito protagonizado por Hades, Deméter y Perséfone es la base de los misterios de Eleusis, un culto panhelénico de tipo iniciático que transmitía a sus adeptos confianza en una vida más próspera, a la vez que atenuaba sus miedos ante la inevitabilidad de la muerte.

La vida, lo mismo que la naturaleza, es un ciclo continuo de muerte y regeneración. Pocas cosas explican mejor esa idea que una sencilla semilla de trigo: el campesino la siembra en la tierra convenientemente roturada y espera paciente a que germine, crezca y madure para luego cortar la espiga con la hoz y elaborar con su grano el pan, el alimento básico de los seres humanos. A partir de ese momento, el ciclo vuelve a iniciarse. Pero entre la siega y la germinación transcurren unos meses en los que parece que la misma naturaleza ha muerto: los días son cortos, los vivificadores rayos del sol pierden su fuerza e incluso la tierra, antes tan fértil, semeja un erial del que es imposible extraer fruto alguno. Mas el milagro sucede y, en primavera, la vida, representada por esa humilde semilla de trigo, vuelve a comenzar. Este ciclo vegetal, estacional y vital es el que intenta explicar el mito protagonizado por Deméter, Hades y Perséfone, unas divinidades unidas por un rapto y las consecuencias que de él se derivan.

VIDA, MUERTE Y REGENERACIÓN

Deméter, nombre cuya etimología desde la Antigüedad se ha relacionado con la «Madre Tierra» o la «Madre del Grano», es la diosa de la tierra cultivada y, más concretamente, la del cereal en general y el trigo en particular. Igualmente es la diosa que encarna un tipo de amor diferente al sensual de Afrodita o el conyugal de Hera, como es el maternal. Más aún, era una diosa civilizadora, de ahí epítetos como los de *tesmophoros*, «legisladora», o *karpophoros*, «dadora de frutos». No es de extrañar así que su culto tuviese una fuerte implantación en la religiosidad popular y que sus templos se hallasen extendidos por toda la geografía griega, probablemente ya desde época micénica.

En cuanto a su hermano Hades, el «invisible», que eso es lo que significa su nombre, era la más detestada de las divinidades, pues en el reparto del universo que hizo con Zeus y Poseidón le tocó en suerte el inframundo, ser señor y rey de todos aquellos que han perdido la vida y a los que él gobierna con mano de hierro. Tanto temor despertaba entre los vivos que, para no atraer su ira, se evitaba pronunciar su nombre. Este era sustituido por apelativos más reconfortantes, como Plutón, del griego *ploutos*, «riqueza», en alusión a los tesoros que se esconden bajo la tierra en forma de minerales, y también de los frutos que brotan de ella. Aun así, los epítetos que suelen acompañarlo inciden sobre todo en su faceta más temible: el poeta Homero (siglo VIII a.C.) lo llamaba «monstruoso», «implacable» e «indomable». No es de extrañar que su culto fuera escaso.

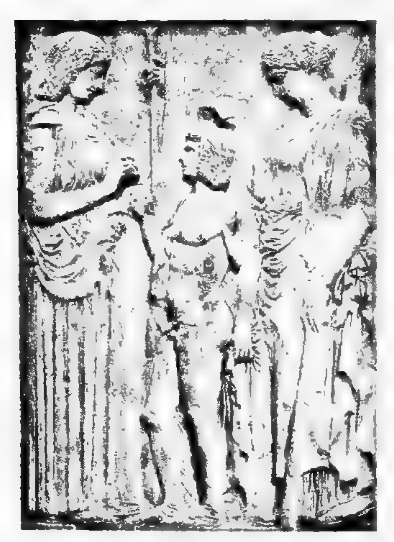
Si Deméter es una diosa que da vida, sea como alimento a través del de cereal, sea como madre, Hades es todo lo contrario, lo yermo y la inevitabilidad de la muerte. En medio, como símbolo de la esperanza de la regeneración, se sitúa Perséfone, hija de la primera y de Zeus, sobrina del segundo y, a raíz de su rapto, también su esposa. Es una figura ambivalente, pues si ella es la que, emergiendo de la lóbrega mansión subterránea en la que vive, genera el despertar de la primavera, como reina de los muertos no es menos implacable y cruel que Hades y, a su lado, tan estéril como él. En el fondo, es como esa granada cuya ingesta la liga para siempre al inframundo, una fruta cuyo zumo tiene el color de la sangre, lo que la asocia a la muerte, pero que esconde también innumerables semillas, símbolo del renacer. O, mejor, es ese grano de trigo enterrado en la tierra muerta que acaba despertando a la vida.

EL MISTERIO DE LA VIDA

Perséfone, o Core, la «muchacha», como también se la conoce, es el elemento clave del mito: en el tercio del año que pasa en el reino de su esposo, el mundo de los vivos es un espejo del de los muertos, es el invierno. El resto del tiempo, en el Olimpo con su madre, la vida vuelve a invadirlo todo. Mas el mito no se contentaba con explicar el ciclo de la naturaleza, sino que dio lugar también a un culto que alcanzaría la categoría de panhelénico y que se celebraría ininterrumpidamente durante más de diez siglos, hasta su prohibición bajo el emperador romano, y cristiano, Teodosio el Grande (347-395 d.C.): los misterios de Eleusis.

A unos treinta kilómetros de Atenas, la ciudad de Eleusis era el lugar en el que, según la tradición, Deméter, después de nueve días con sus correspondientes noches, cesó la búsqueda de su hija. Allí, disfrazada de anciana, fue acogida por los reyes Céleo y Metanira, a cuyo hijo Triptólemo enseñó los secretos de la agricultura del cereal y encargó que los transmitiera al resto de la humanidad, moti-

vo ese recordado en numerosas representaciones plásticas, como el *Gran relieve de Eleusis*. No solo eso: ordenó también la construcción de un santuario y que en él se celebrara un culto mistérico que descubriera a los iniciados el significado del mito protagonizado por ella, su hija y Hades.



El llamado Gran relieve de Eleusis *(Museo Arqueológico Nacional de Atenas) data del siglo* V *a. C. y es una de las obras de arte más relevantes halladas en ese santuario. Deméter (a la izquierda) se despide del joven héroe Triptólemo, a quien ha transmitido el arte de cultivar la tierra y el cereal. Lo hacía entregándole una espiga de oro (símbolo de la primera espiga) que se ha perdido. A la derecha se puede ver a Perséfone, quien porta una antorcha.*

Dado que sus iniciados tenían terminantemente prohibido divulgar nada sobre este culto, se desconoce en qué consistía. Se sabe, eso sí, que los misterios se celebraban en el mes de *boedromión* (entre finales de septiembre y principios de octubre) y que duraban nueve días, tantos como Deméter había andado errante por el mundo. También que tenían una voluntad integradora, pues

en ellos, además de los ciudadanos del Ática, podían tomar parte las mujeres, los esclavos y los extranjeros, siempre que no fueran «bárbaros», es decir, hablantes de una lengua diferente a la griega. La ceremonia principal tenía lugar en el *telesterion*, el lugar más sagrado de Eleusis, un edificio cubierto y con graderías a cada lado en el que los iniciados asistían a la parte más secreta de los ritos. En qué consistía esta se ignora, aunque es probable que se tratara de una especie de drama sacro sobre el rapto de Perséfone y su regreso del inframundo, que incluyera también el nacimiento de Triptólemo, el «niño divino» que, al recibir la espiga de trigo de manos de Deméter, recordaba el ciclo de la vida, la muerte y el renacimiento. Lo que sí dejan intuir las fuentes es el doble sentido final de los misterios: una cierta promesa de prosperidad material para el iniciado en vida y, a su muerte, de bienaventuranza en el reino de Hades.

Pero los misterios no eran la única fiesta dedicada a Deméter y Perséfone. Otra eran las Tesmoforias, abiertas solo a las mujeres casadas, pues su propósito era propiciar la fecundidad propia, así como también la de los campos. Se celebraban en el mes de *pianopsión* (entre finales de octubre y principios de noviembre), coincidiendo con el momento de algunas cosechas.

LA IMPACIENCIA DEL AMOR

De todos los mitos protagonizados por Deméter y Hades, el del rapto de Perséfone ha sido el que ha alcanzado un mayor relieve literario y artístico. En el ámbito de la poesía, la muestra más antigua es el *Himno homérico a Deméter*, datado hacia la segunda mitad del siglo VII a. C. Su tema no es otro que ese rapto por parte de Hades, «el huésped de muchos» y «el de muchos nombres», como se le llama, y la

Geografía del inframundo

La vida tras la muerte que esperaba a los griegos de la Antigüedad era de todo menos halagüeña. Ya lo dice el héroe Aquiles en la *Odisea* de Homero: «No pretendas, Ulises preclaro, buscarme consuelos a la muerte, que yo más querría ser siervo en el campo de cualquier labrador sin caudal y de corta despensa que reinar sobre todos los muertos». Y es que el inframundo gobernado por Hades y Perséfone era un espacio más bien lúgubre, una auténtica prisión para la eternidad en la que las sombras de los difuntos languidecían sin esperanza alguna, sin que importara cuán virtuosa o criminal hubiera sido su existencia. Su entrada la guardaba el monstruoso Cerbero, un perro que, según el poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.), se valía de «tretas malvadas: a los que entran los saluda alegremente con el rabo y ambas orejas, pero ya no los deja salir de nuevo». En realidad, ese infierno tenía más de una entrada, las «bocas», una de las cuales se situaba en Eleusis, aunque la más famosa era la del cabo Ténaro, el central de los tres del sur del Peloponeso. Dentro había tres importantes cuerpos de agua: el río Aqueronte o «río de la pena», que las almas cruzaban en barca gracias al barquero Caronte; la laguna Estigia o «laguna del odio» por la que los dioses juraban, y el río Cocito o «río de los lamentos», sin olvidar el Flegetonte, río de fuego, y el Leteo, cuyas aguas llevaban el olvido a quienes las bebían. A partir del siglo VI a.C., esta concepción se hizo algo más esperanzadora con la introducción de los campos Elíseos, un espacio regido no por Hades, sino por su padre Crono, al que iban las almas de los más virtuosos.

institución de los misterios eleusinos por parte de Deméter, «la ufana de sus frutos»: «Dichoso aquel de los hombres moradores de la Tierra que los haya visto; pero el que no se haya iniciado en los ritos, el que no haya tenido parte en ellos, nunca un hado semejante tendrá, tras morir, bajo la cenagosa oscuridad», exclama el anónimo poeta.

Los autores posteriores se han limitado a repetir lo ya trazado en estos versos, aunque sustituyendo su arcaica rudeza (precisamente la que los hace más efectivos) por descripciones y elementos más novelescos. Es lo que sucede en el romano Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) y su poema épico *Metamorfosis*, en el que Venus (la Afrodita latina) propone a su hijo Cupido que emprenda la conquista del último reino que se le resiste, el de los muertos. Y así sucede: una flecha basta para que Dis (Hades) caiga rendido de amores por Proserpina (Perséfone), para desesperación de Ceres (Deméter): «Verla, amarla y raptarla fue apenas un segundo, hasta tal punto es de impaciente el amor». A caballo entre los siglos IV y V d.C., Claudio Claudiano acentuó aún más lo pintoresco en su inconcluso poema *El rapto de Proserpina*, una de las últimas muestras de literatura pagana en un Imperio que era ya cristiano. Se trata de una obra notable que fluctúa entre lo lírico y lo épico, y que alcanza sus mejores momentos en la descripción de la ira de Plutón, la desesperación de Ceres y todo lo relativo a la preparación del rapto, con Venus como gozosa cómplice del mismo por mandato de Zeus, y Minerva (Atenea) y Diana (Artemisa) como colaboradoras involuntarias.

El interés por este mito se ha mantenido vivo más allá de la Antigüedad. Prueba de ello es la *Proserpina* del alemán Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), un monodrama que presenta a la protagonista al poco de llegar al infierno. Encerrada en un espacio lóbrego y rodeada de muertos y monstruos que se proclaman sus súbditos («¡Nuestra eres! ¡Ante ti nos postramos! ¡Nuestra eres! ¡Oh, reina au-

gusta!», profieren las Parcas), la muchacha pasa de la desesperación y el terror al recuerdo emocionado de su infancia feliz y la nostalgia por la luz y el aire terrestres, para caer de nuevo en la desolación y, finalmente, aceptar heroicamente su destino y reclamar para sí todo el dolor de los condenados. El patetismo de esta obra desaparece en el drama *Proserpina*, de la inglesa Mary Shelley (1797-1851). El viejo mito es recreado aquí en clave femenina, por lo que más que centrarse en el rapto (símbolo de la brutalidad, la violencia egoísta y la tiranía propias del mundo masculino), lo hace en la búsqueda que la desesperada madre hace de su hija, prueba del más puro de los amores.

En tiempos más recientes, el poeta griego Yannis Ritsos (1909-1990) escribió su monólogo *Perséfone*, que da una vuelta de tuerca al mito. La hija de Deméter se muestra en estos versos fascinada, obsesionada, por su tío, de modo que no opone resistencia alguna al rapto: «Él es la gran certeza, la oscura certeza: la única. Siempre melancólico, con esas cejas espesas que le ocultan los ojos, tan derecho y al mismo tiempo como encogido, encerrado en sí mismo y, con tanto vello, prácticamente invisible, mordiendo una hoja o fumando su pipa de barro, con la brasa que le ilumina la nariz desde abajo, como una claridad distante en un paisaje desierto, carnal, un paisaje absorbente; él me absorbía». De resultas de ello, el auténtico mundo de Perséfone es ese otro subterráneo, el único en el que, arropada por la sombra, puede liberarse.

LA DESESPERACIÓN DE PERSÉFONE

Hades, Deméter y Perséfone han dado lugar a numerosas obras de arte, y eso a pesar de que el primero de esos dioses provocaba tal temor que, al revés de lo que sucede con otras divinidades olímpicas, se evitaba representarlo en solitario. Una de las excepciones es la

escultura *Hades y Cerbero*, del siglo I a.C., hallada en Creta. Más abundantes son las imágenes con su esposa, como el tondo de un kílix (un tipo de copa en forma de cáliz para beber vino) de figuras rojas, de mediados del siglo V a.C. y procedente de Vulci (Italia), que retrata a la infernal pareja en la intimidad de su hogar, así como un pínax (tablilla votiva) de terracota de la primera mitad de esa misma centuria en el que se ve a Hades y Perséfone entronizados y sosteniendo en sus manos los dones de la tierra. En cuanto a Deméter, las representaciones son mucho más abundantes como figura esencial de la religiosidad popular griega y romana. Una de las más importantes es la escultura *Deméter de Cnido*, del siglo IV a.C.

Ateniéndonos solo al episodio del rapto, las representaciones abundan ya en la cerámica griega pintada. Un ejemplo es una crátera de figuras rojas del siglo IV a.C., procedente de Apulia, en la que Hades deja su carro para hacerse con una Perséfone que intenta escapar.

Los artistas a partir del Renacimiento y el Barroco hicieron suyo ese episodio, que les permitía crear escenas dramáticas a la vez que fantásticas y pintorescas por toda su parafernalia infernal. Si el flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640) pintó a Plutón atrapando a Proserpina a pesar de la oposición de Minerva y Diana, el holandés Rembrandt van Rijn (1606-1669) mostró los desesperados intentos de la joven por escapar de su captor, mientras que el también flamenco Pieter Brueghel el Joven (1564-1638) evocó la llegada de la pareja a un infierno dantesco. En el extremo opuesto, el italiano Luca Giordano (1634-1705), en uno de los frescos del Palazzo Medici-Riccardi de Florencia, incide en el componente más idílico del tema, el del prado en el que Proserpina recogía flores antes de ser raptada. En escultura, la obra más famosa es la de Gian Lorenzo Bernini (1598-1680), quien en *El rapto de Proserpina* supo expresar la violenta desesperación de la joven en su intento de desasirse de Hades.





Arriba, El rapto de Proserpina *(Museo del Prado de Madrid), de Rubens. La obra sigue muy de cerca los versos de Claudiano, con Plutón aferrando a la hija de Ceres y llevándosela a su carro a pesar de los esfuerzos de Minerva y Diana por evitarlo. Que las riendas de los caballos sean sujetas por los cupidillos sugiere que el amor acabará aquí triunfando. Abajo, la misma escena tratada por Rembrandt (Museos Estatales de Berlín) en una de sus escasas aproximaciones a la mitología. Proserpina lucha por liberarse, mientras las muchachas que la acompañan intentan detener el carro del captor. La oscuridad de la parte inferior derecha del cuadro, que representa la boca del inframundo, acrecienta el dramatismo de la escena.*

Los artistas modernos que se han aproximado a este tema han preferido enfoques diferentes. Es el caso del simbolista británico John William Waterhause (1849-1917), quien en *Narciso* pintó a Perséfone en un prado cogiendo despreocupadamente esa flor. Con un estilo más académico, Frederic Leighton (1830-1896) plasmó en *El regreso de Proserpina* el momento en que la joven abandona el infierno por una de sus bocas para reunirse con su madre, Deméter. Vale la pena también destacar la *Perséfone* del prerrafaelita Dante Gabriel Rossetti (1828-1882), quien retrató a la diosa como una joven soñadora, una de cuyas manos agarra una granada.

EL VALOR DEL SACRIFICIO

Los músicos no han sido inmunes a la fascinación de Perséfone. Varias óperas han tratado el tema de su rapto, la más interesante de las cuales es la *Proserpina* del francés Jean-Baptiste Lully (1632-1687), y ello por la fantasía del compositor a la hora de describir con sonidos los distintos ambientes en que se desarrolla la acción, desde el palacio de Ceres en Sicilia hasta el infierno en que reina Plutón. No obstante, la obra más original es la *Perséfone* del ruso Igor Stravinski (1882-1971), un híbrido entre ópera, ballet y oratorio que contó como libretista con el francés André Gide (1869-1951), premio Nobel de literatura en 1947. En cierto modo, la partitura es la contrapartida neoclásica y grecorromana a esa otra mirada a la naturaleza y los mitos primigenios que es *La consagración de la primavera*, el ballet con el que en 1913 había revolucionado el mundo de la música. Lo que en este es deliberado primitivismo, en aquella se vuelve claridad, aunque el fondo sea el mismo: para que haya renovación es necesario que haya primero un sacrificio, sea bárbaro como en el ballet, o voluntario, como en esta obra.

ÍNDICE

A través de Ramón Valls y Javier Echeverría, Hegel y Leibniz cimentaron un proyecto filosófico en la colina de Zorroaga en Euskal Herria. Mi recuerdo agradecido.

A C. Marín por un trecho compartido entre Pitágoras y Hegel.

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.
© Ilustración de portada: Nacho García
Diseño de portada: Víctor Fernández y Natalia Sánchez para Asip, SL.
Diseño y maquetación: Kira Riera
© Fotografías: Todas las imágenes de este volumen son de dominio público.

Depósito legal: B13080-2015

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros // Lafayette 1695, Buenos Aires, en el mes de agosto de 2015.

Hegel

Lo real y lo racional

Víctor Gómez Pin

CONTENIDO

Prólogo

Un importante filósofo español explicaba con cierta guasa su desconcierto cuando, al inicio de unos estudios de filosofía tan brillantes como iconoclastas, decidió con un compañero leer al alimón la obra más conocida de Hegel, la *Fenomenología del espíritu.* Al cabo de unas horas de lucha con la primera página, ambos solicitaron auxilio, en razón no ya de la dificultad para seguir la argumentación, sino para enterarse de sobre qué estaba hablando el autor en esas primeras líneas de su obra.

Hegel es ciertamente arduo, y su estilo, desde luego, poco cartesiano. Sin embargo, la dificultad mayor a la hora de tratar con él –y no solo de iniciarse en su lectura– es una inevitable escisión interna. No cabe leer a Hegel de una manera distanciada o fría, como quien simplemente desea enterarse de qué dice un autor, postergando hasta entonces su juicio sobre el mismo. Sin una disposición favorable y, me atrevería a decir, entusiasta, los textos de Hegel (sobre todo el texto central llamado *Ciencia de la lógica)* creo que son literalmente imposibles de soportar. Pero al mismo tiempo, la lectura se ve constantemente perturbada por una sombra de sospecha sobre la legitimidad no ya de algunas de las proposiciones que el autor va avanzando,